El Caballo de Ledesma

Tercera Edición

Mario Briceño-Iragorry

TIPOGRAFIA AMERICANA - 1948 - CARACAS

"El Caballo de Ledesma" no es un relato, sino más bien una tesis de exaltación del sentimiento patriótico, tomando como punto de partida un hecho histórico, que por heroico, homérico, tiene toda la prestancia de un mito.

Antonio Simón Calcaño.

Reafirmación de fé democrática y de estilo proceroso y de hondura de pensamiento, es cuanto en este libro aparece.

"Acción Democrática"
Caracas.

Un libro lleno de enseñanzas dentro de su brevedad, pleno de un claro sentido de responsabilidad, es este que nos ha dado Mario Briceño-Iragorry.

"El Universal".—Caracas.

"El Caballo de Ledesma" posee un hondo sentido filosófico, tratado en forma ponderada.

Antonio Reyes.

EL CABALLO DE LEDESMA

DIBUJO DE TITO SALAS

Propiedad del Autor.

Impreso en Venezuela.

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

EL CABALLO DE LEDESMA

TERCERA EDICION

TIPOGRAFIA AMERICANA
CARACAS
1948

DEL AUTOR

HORAS.—(Ensayos literarios).—Tip. Mercantil. Caracas. 1921.

VENTANAS EN LA NOCHE.—(Ensayos literarios).—Editorial Sur América. Caracas. 1925.

LECTURAS VENEZOLANAS.—1ª Edición: 1926. 2ª Edición: 1930.—Editorial Sur América. 3ª Edición 1941.—Tip. Garrido. Caracas. 4ª Edición: 1945.—Buenos Aires. Pauser S. A.

ORNAMENTOS FUNEBRES DE LOS ABORIGENES DEL OCCIDENTE DE VENEZUELA.—(Contribución al estudio de la Arqueología precolombina de Venezuela).—Tip. Vargas. Caracas. 1928.

HISTORIA DE LA FUNDACION DE LA CIUDAD DE TRUJILLO.—Tip. Vargas. Caracas. 1928.

LA FUNDACION DE MARACAIBO.—Lit. y Tip. Mercantil. Caracas. 1929.

LOS FUNDADORES DE TRUJILLO.—(Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia).—Edit. Sur América. Caracas. 1930.

FRANCISCANISMO Y PSEUDO-FRANCISCANISMO.—(Discurso de Incorporación a la Academia Venezolana).—Parra León Editores. Caracas. 1932.

A PROPOSITO DE LA LEY DE PATRONATO ECLESIASTICO.—(Contribución al estudio jurídico-histórico de la materia). — Edit. Sur América. Caracas. 1934.

TAPICES DE HISTORIA PATRIA. — (Esquema de una morfología de la cultura colonial).—1ª Edición: 1934. Edit. Sur América. 2ª Edición: 1941. Tip. Garrido. Caracas.

TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCIOLO PARRA.—Imp. Lehmann. San José de Costa Rica. 1940.

TEMAS INCONCLUSOS.—(Ensayos).—Tip. Garrido. 1942. Caracas.

EL CABALLO DE LEDESMA.—1ª Edición: 1942. Edit. Elite. Caracas. 2ª Edición: 1944. Editorial Cecilio Acosta.

PREPARATORIO PARA LAS POMPAS DE BOLIVAR.—Edit. Elite. Caracas. 1942.

LA HISTORIA COMO ELEMENTO DE CREACION.—Edit. Venezuela. Caracas. 1942. 2ª Edición: Editorial Venezuela. Caracas. 1945.

SENTIDO Y AMBITO DEL CONGRESO DE ANGOSTURA.—Edit. Elite. Caracas. 1943.

PALABRAS EN GUAYANA.—Editorial Tamanaco. Caracas. 1945.

FORMACION DE LA NACIONALIDAD VENEZOLANA.—Editorial Venezuela. Caracas. 1945.

VIDA Y PAPELES DE URDANETA EL JOVEN.—Tipografía Americana. Caracas. 1946.

CASA LEON Y SU TIEMPO (Premio Municipal de Prosa).—Caracas. Editorial Elite. 1946. 2ª Edición. Tipografía Americana. Caracas, 1947.

EL REGENTE HEREDIA O LA PIEDAD HEROICA (Premio Nacional de Literatura).—Caracas. Imprenta Nacional. 1947.

LOS CORSARIOS EN VENEZUELA.—Tip. Americana. Caracas. 1947.

APOLOGIA DE LA CIUDAD PACIFICA.—Edit. Elite. - Caracas. 1947.

PARA PUBLICAR

VIVAN LAS CAENAS. (Biografía de José Domingo Díaz).

ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS LENGUAS INDIGENAS DE TRUJILLO Y MERIDA.

NUEVA CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA ARQUEOLOGIA PRECOLOMBINA DEL OCCIDENTE DE VENEZUELA.

EL REY CHIQUITO. (Biografía de Antonio Ig. Rodríguez Picón).

A PEDRO-EMILIO COLL.

M. B.-I.

PROLOGO DE LA TERCERA EDICION

Tercera vez salen estas páginas en forma de libro, para corresponder al generoso interés que algunos espíritus jóvenes han mostrado por el cuerpo de ideas que en ellas se exponen sin ningún propósito personal de ejemplaridad. Alguien, con intento malicioso, llegó a calificarlas de autobiografía negativa y cierto que no anduvo descaminado en la apreciación. En ellas, con sinceridad que las disculpa, hemos procurado pintar el drama vivido por muchos hombres de nuestra generación y la angustia de quien, de sus propios errores y de su notoria insuficiencia, quiere sacar enseñanzas provechosas para los demás.

Fué invocado el mito de Alonso Andrea de Ledesma en días nublados para la Patria, cuando la amenaza de un ataque alemán a nuestras costas llevó temblores de agonía aún a espíritus juveniles. Se nos pidieron entonces palabras de prudencia ante el problema de la guerra y creímos del caso, por el contrario, desenterrar un símbolo audaz que tonificara los ánimos titubeantes. Finada la guerra en su primera etapa devastadora, pues su vigencia perdura como amenaza de todos los días, quedaron a salvo e intactos diversos conceptos que pueden enseñarnos en la disyuntiva presente del mundo, y con ellos un llamado a la

revisión de nuestros propios valores sociales. La polémica provocada por este aspecto de nuestras escrituras justifica que, con las nuestras, hayamos publicado páginas donde otros escritores exhibieron su angustia por los mismos problemas, así algunos miren su inserción como mera prueba de la vanidad a que tan proclives somos las gentes de letras. Un nuevo capítulo, bajo el nombre de PEQUEÑO TRATADO DE LA PRESUNCION, ha sido añadido a la presente edición. En él hemos intentado ampliar el tema desarrollado al hablar de la deuda de las generaciones. Presuntuosamente, con galas de erudición que no poseemos, hemos querido justamente desnudar la tragedia de nuestra presunción colectiva. A nadie intentamos engañar. De lo contrario, bien desengañados de la deficiencia que apuntala nuestra cultura personal, hemos querido indicar el sitio del mal, con la misma buena fe y voluntad de servir con que el paciente tomado de infición epidémica indica a los otros el sitio donde pulula el germen pernicioso. Como el baldado por accidente de tránsito que advierte al novel caminante las quiebras de la vía que forzosamente ha de hacer para ganar la deseada meta. También se sirve con la experiencia de los errores.

M. B-I.

Caracas, 24 de enero de 1948.

PROLOGUILLO TONTO
PARA LA SEGUNDA EDICION

Familiares e invitados habían acudido al viejo castillo para celebrar la llegada del Señor, por tántos años ausente, y nadie como el viejo criado sentíase tan feliz y tan dueño de la fiesta. La guerra había sido larga y al final de ella los enemigos lo habían reducido a duro cautiverio, de donde tornaba, si lleno de vigor espiritual, con las notorias huellas del tiempo indomable. Felices estaban los hijos y los nietos, felices estaban las nueras y sobrinos, felices los innumerables amigos. Pero al viejo criado nadie ganaba en la expresión del alborozo. Tal como si él fuera el eje de aquella espléndida expansión de regocijo. El viajero refería sus hazañas heroicas en la guerra y sus días dolorosos en la cautividad. Y su palabra, mesurada y justa, contrastaba con el inquieto parlotear y el júbilo infantil del añoso criado. Tal fué la alegría y la importancia que cobró en la fiesta el humilde servidor, que hubo invitados curiosos que le rodearan para participar aquella franca y sencilla complacencia.

—¡Ah, sí! Yo estaba en la torre del castillo. No se le estaba esperando. ¡Señor, si todos lo dábamos por muerto! Cuando veo venir un extraño jinete en lenta mula. Le eché los ojos encima y ¡Dios lo que vi!

Si era él. Si era don Mauro. Después de tántos años. Después de haberlo rezado por difunto. Y me di a gritar. Y también lloré. Y salí al camino a recibirlo. Y le ayudé a apearse y a quitarse las espuelas. ¡Qué grande es el Señor!

El viejo criado había dado la voz del retorno del Señor y ahí lo tenían ustedes, con su alegre simpleza, celebrando aquel regreso como si él mismo hubiera librado la batalla del rescate o resucitado al muerto.

El papel del criado optimista me calza bien en el reencuentro de Ledesma. Me tocó verlo venir y anuncié a quienes no aguardaban su regreso que estaba el Señor a las puertas del castillo. Ninguna otra vela me toca en este caso afortunado.

Ledesma ha regresado en una hora de alegría y de esperanza de la Patria. Y también en una hora de inquietud y de zozobra ante el peligro que representaron los nuevos piratas de la cultura. Ha llegado como símbolo de nuestro propio deber social, y las modestas escrituras en que di el aviso de su nueva presencia en la República, merecieron una acogida que nunca sospechó mi intento primigenio. Ledesma ha sido un feliz motivo para la fecunda polémica con nosotros mismos. Se ha escrito alrededor de este gran símbolo olvidado y hasta poetas han celebrado su caballo. Hoy, con nuevos temas, salen al público estas fojas y con lo propio del desmirriado autor, van páginas de distinguidos escritores que han sumado sus voces entusiastas al movimiento polémico promovido por el recuerdo iluminado de nuestro héroe más antiguo. Y si alguno juzgare demasiada la vanidad de mi actitud,

sirva a disculparla la cándida alegría del criado de mi historia. Y si petulancia vieren mis mismos compañeros en el tono de mis frases, para enseñarme, como buenos médicos, a curar la mía, denme, generosos, el ejemplo de apearse de la suya.

M. B.-I.

Angostura, abril de 1944.

PORTICO

Íbamos hacia el alba acendrando en la soledad la palabra nítida, la verdad alegre como el sol, cuando vino en letras amigas el recuerdo de Alonso Andrea de Ledesma sobre el rocinante sufrido, para afirmar la fe en la imprudencia bizarra, en esa que va sin cálculos, sin pensamiento en ópimos réditos, a apedrear el silencio, a rasgarlo, aún cuando tenga de luchar con los vacíos que, como los de aire, causan descensos al pájaro de plata viajero en la distancia azul.

Silencio: prudencia prebendada; glosa de ventajas, taimada conveniencia o tímida actitud. Que no siempre ha de ser oro y más bien va por oros, y tampoco, en veces, es buen callar. Han desaparecido silencios pero aún quedan islas, residuos cómplices, archipiélagos sombríos que escatiman la verdad y establecen como norma el subterfugio, cuando el buen pueblo anda en busca de la clara — dolorosa y alegre — pero siempre clara verdad propicia a la afirmación de viril pensamiento, de acción soleada, temida sólo por pusilánimes o por acólitos del provento y de la mediocridad envanecida.

Y cae sobre el catador de verdades, sobre la palabra veraz, la furia recóndita del animador de farsas, el calificativo que, impotente para destruirlas, busca

amenguarlas: cosas... tonterías... idealismos.... Olvidan los que lanzan el epíteto temeroso y artero, que esos idealismos, esos lirismos — como despectivamente los llaman los pseudo-pragmáticos, los que opinan que lo práctico es sólo lo que ofrece ventaja personal — son realidades próximas, verdades que van a desnudarse, invisibles para la ceguera de quienes por torpeza o por disimulo cómplice, se empeñan en hacer coro a la conveniencia de los dispensadores que ha de regalar fruto a su propia conveniencia. Y crecen las masas corales de la conveniencia ventajista.

Palabras de medios tonos reveladoras de pensamientos informes, sonrisas de disimulo, voces que sólo llenan apariencias, son señales de miedos inconfesables y hay que batirlas con las palabras completas, densas de realidad trascendente, rudas si fuere preciso, y con la risa de las sinceridades sonoras que no temen los silencios perplejos, que no medran entre indecisiones con vagas actitudes de halago y complacencia en venta. No siempre al buen callar ha de llamarse Sancho, ni tampoco ha de señalarse a toda hora como quijotada, con burla despectiva, el parlar de convicción firme y saneada que no tiembla ante las desventajas.

No sé bien cómo anda esto de la ética — y hasta de la estética — en el mercado de valores. No sé tampoco hasta dónde pueden actuar — sin colisiones — las éticas profesionales orinegras y la cívica ética que batalla al sol de propósitos, sin soborno y sin doblez.

Hay, sin duda, mi querido Mario Briceño-Iragorry, crisis de conciencias. La responsabilidad se acuclilla y se trueca por el éxito de los buhoneros, que ya subraya

dolosamente esta crisis en los tiempos que vamos viviendo. Tiempos admirables, por otra parte, para crear en la humanidad una nueva fe en la fuerza del espíritu, en el valor de la rebeldía espiritual — dignidad permanente — que no ha de confundirse con la vocinglería interesada cuando pretende ejercer función democrática.

Y esa crisis de conciencias ha de domeñarse con palabra forzuda, neta — estética expresión de ética— porque es cobardía envolverse en temores usureros en estos días dolorosos, cuando la humanidad va acostumbrándose valientemente al sacrificio, cuando se está peleando el libre tránsito por los caminos del futuro. Y eso no se logrará con la semi-cultura de sensiblerías y de apariencias, de concomitancias de parroquia o de tribu, tan grata a ciertas vanidades, porque no es cultura la mentira — o para decirlo con cortesía inglesa — la economía de la verdad. Y es sobre ésta, plena, lúcida, brillante de desnudo valor y de imprudencia bizarra, donde se podrá elevar la cultura, la única, la que no da acceso a la mentira, ni al disimulo, ni a la adulteración — ángulos de servilismo — y va contra los mascarones de la feria a darse generosa por la elevación de la jerarquía vital de nuestros pueblos.

Todo esto íbamos pensando por el camino del alba, hacia el nuevo amanecer, salmodiando en la soledad la palabra que queríamos pronunciar con neta conciencia, con tozuda fuerza generosa, cuando llegaron las letras amigas, expresiones de pensamientos paralelos, a fortalecernos en el combate de la palabra nítida, endurecida, verídica — luminosa como un mármol al sol—

contra los vacíos de silencios cómplices, nutritivos sólo para los barateros que compran o venden la entrada para la farsa infecunda.

JOSE NUCETE - SARDI.

¡Oh, tú, sabio encantador!, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

(DON QUIJOTE, a su primera salida).

EL JINETE SOLITARIO

"...Solo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo a menoscabo de su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor, aconsejado, más de la temeridad que del esfuerzo, montó a caballo, y con su lanza, y adarga salió a encontrar al corsario, que marchando con las vanderas tendidas, iba avanzando la ciudad, y aunque aficionado el Draque a la bizarría de aquella acción tan honrosa dió orden expreso a sus soldados para que no lo matasen, sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar a costa de su vida, el aliento que le metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima, y sentimiento aún de los mismos corsarios". Así, en su procero estilo, describe Oviedo y Baños la muerte solitaria y heroica de aquel Ledesma insigne, que se irguió para ejemplo de defensores de la Patria, cuando en los postrimerías del Siglo XVI, Amias Preston, con sus huestes corsarias, entraba en la ciudad para arrasarla sin piedad.

Enjuto, en su añosa contextura que resistió el bravo batallar de la conquista, el indomable hidalgo no miró a la muerte sino a la dignidad de su persona y volando la pierna, en un último esfuerzo de hombradía, al viejo caballo de que se acompañó en los agrios traji-

nes de las fundaciones, salió, como nuevo cruzado, a enseñar una lección de ámbito perdurable. Ambos a dos habían deambulado por las soleadas llanuras de la Mancha. El era de la poco numerosa, pero sí indestructible, familia de Alonso Quijano. Con las aguas del bautizo había reafirmado el parentesco espiritual con tamaño padrino. El caballo venía de la raza de Rocinante, con seguro entronque en el linaje de Pegaso. Para tal hombre tal cabalgadura. El héroe dignifica la bestia hasta hacer con ella la unidad simbólica del centuaro. No se puede pensar en el sacrificio de este iluminado, sin que aparezca el recuerdo del sarmentoso corcel, de andar pausero, que apenas puede aguantar el peso de las armas con que iba ataviado el viejo extremeño, a quien no rindieron la copia de años que nevaban su cabeza y su barba caballerosa.

Si Ledesma cimentó larga estirpe en cuyas ramas figura nada menos que el egregio Triunviro Cristóbal Mendoza, su caballo dejó prole que, saltando sobre los ventisqueros de América, supo ganar la ancha punta de nuestras perpetuas armas republicanas. Fué el caballo simbólico de la temeridad homérica, hecho a soportar no a hombres "guapos y audaces", sino a hombres valientes y de carácter; no a hombres con sogas para la cacería de sus semejantes, sino a espíritus dispuestos al permanente sacrificio por la libertad.

Viejo caballo que en la mañana de nuestra vida ha servido para nuestros juegos infantiles: manso y noble con las damas, sumiso como galgo cuando siente la carga leve de una inocente criaturilla. En nuestras casas está, rumiando en silencio el pienso siempre fresco del ideal, sin relinchos que delaten su presencia, pero

presto a resistir, en una resurrección milagrosa, el peso de jinetes que hayan lavado el ánimo para la muerte. Sobre su lomo no se asientan caballeros de mohatra. ¡Para éstos están los vientres de los caballos troyanos!

Y el viejo corcel de Ledesma reaparece hoy sobre la faz de nuestra historia con su ímpetu de mantenido frescor. Los nuevos filibusteros — ladrones de espacio y de conciencias — andan entre las aguas de la Patria, amenazando nuestra economía y ultrajando la dignidad de nuestros colores. Como en los viejos tiempos de la piratería colonial, su anuncio ha asustado aún a los "guapos" y en muchas manos ha corrido ya el frío sudor del rendimiento. La fe ha empezado a flaquear en el ánimo de quienes sólo tienen premura para el hartazgo y más de un agazapado, más de uno de esos traidores vergonzantes, suerte de Esfialtes de bajo precio en perenne trance de entregar los senderos de la Patria, se han dado a la tarea infamante de esparcir, como salvoconducto para el enemigo, las consignas del miedo pacífico y entreguista.

Bajo los mares, protegidos por la ola pérfida, con que doblan el mérito de la traición, andan los nuevos filibusteros. Vienen a destruir nuestra quietud doméstica y a detener el impulso de nuestras fuentes de producción. Realizan, más que una tentativa de invasión bélica, una manera de atemorizar a las masas de convicción quebradiza. Por medio de esta nueva táctica de doblegar antes de la lucha las resistencias morales de los pueblos, pretenden sembrar el pánico y crear una conciencia paralítica, muy capaz de olvidar la propia esencia pseudo-filosófica de las doctrinas que forman el evangelio de los bárbaros. ¡Bárbaros de doble res-

ponsabilidad por la cultura que pudiera representar su raza de genios!...

"No tenemos armas suficientes y nuestras costas desguarnecidas harán fácil la penetración del enemigo. Nuestra actitud ha de ser la quietud indiferente de quien sólo es campo de experimentación de opuestos imperialismos", pregonan los que sirven a los planes del pretenso invasor. Por ahí andan enredados los traidorzuelos que miran sólo a complacer a los alquiladores de conciencias. Es necesario mirar más allá del valor de las cosas. Es necesario discernir entre la explotación de la riqueza material y la asfixia del espíritu. Es necesario pensar en la paz, no como técnica de quietud, sino como sistema de holgura moral. Paz ¿y se niega el derecho a la libertad y el derecho a pedir justicia? ¿Paz bajo los símbolos de Hitler y de Himmler? ¿Y qué paz?...

Para los que flaquean, para quienes dudan del triunfo final de la justicia, para aquellos que parecen anunciados de la muerte de Dios, está la lección de los hombres antiguos. ¡No vendrán los bárbaros! ¡Jamás pisarán el suelo de la Patria, si no es para buscar en ella el sosiego después de la derrota! Mas, si llegaren, ahí está el viejo caballo de Ledesma. Sobre su lomo no es segura la derrota del invasor. Está cansado y apenas puede soportar el peso del temerario jinete. Pero él, pesia la ceguera de que ha sido tomada la pupila vigilante, tiene baquía de los caminos que conducen con éxito a la dignidad de la muerte. ¡Vivir libre o vivir muerto! Porque es vida la muerte cuando se la encuentra en el camino del deber, mientras es muerte la vida cuando, para proseguir sobre la faz semi-histó-

rica de los pueblos esclavizados, se ha renunciado el derecho a la integridad personal.

Con el recuerdo del tardo caballo liberador de nuestro glorioso iluminado, armados como de eficaz medalla que nos libre del peligro del miedo entreguista, dejemos a la eficacia del Gobierno los problemas de nuestra política de fuera y volvamos nuestro rostro y nuestra voluntad a los problemas de lo interior. Miremos hacia la tierra ancha y desolada, de donde nos puede llegar, si lo buscamos, el recado de boca que conjure la amenaza cierta del hambre por venir. Probemos, como los viejos griegos, que hay en realidad una sinonimia moral entre el oficio de agricultor y el arte de la ciudadanía. Junto al aprontamiento de voluntades para engrosar los cuerpos armados que reclame la defensa de la Patria, alistemos un otro ejército, donde tienen sitio hasta los lisiados, para luchar contra la tierra bravía y reseca, clamorosa de riego de humano sudor para vestirse de opulentas cosechas. ¡Y que haya en ella también, junto a los huertos preñados de verdura, verde la yerba para el terco caballo de la final liberación!...

LA PRUDENCIA CULPABLE

Mi buna y generosa amiga: Hubiera preferido oír de sus propios labios las palabras escritas, como usted dice, a las volandas, antes de tomar el camino del Interior. Pero se las agradezco muy mucho, así me haya dicho, acaso en medio de una de esas inequívocas sonrisas que tánto lucen en sus labios, que hago el idealista y el soñador al proponer el viejo caballo de Lèdesma como símbolo de trabajo en este momento de "acción". De "bachiller en nubes" me calificó en cierta oportunidad un mi compañero que se creía autorizado a burlarse de mis espejismos, por la simple y sólida razón de haber él logrado poner su nombre a una fortuna que le amaneció sin trabajo a la puerta de la casa.

Bachiller o doctor en nubes es título que no me desagrada, ni menos el hacer, como usted dice, el idealista en esta hora de inquietud y de zozobra. Sin embargo, el símbolo de Alonso Andrea de Ledesma es de un profundo realismo y de un alcance por demás moralizador en el plano de los hechos. Ledesma es la imagen del hombre que no teme quedar íngrimo para seguir pensando consigo propio. Del hombre que no vuelve a mirar a su lado en busca de vecinos en quienes afincar la fe de sus conceptos. Es un símbolo muy de cultivarse entre nosotros, donde el mostrenco individualismo sólo ha tenido una función disolvente de divi-

dir y de destruir, mientras las conciencias, acuciadas del lucro y en un afán de llegar al momento de las albricias, se suman en forma de rebaño y sin acuerdo cooperativo tras las consignas que aparecen más cercanas a los gruesos réditos.

La actitud de quien no teme la soledad, o la busca llegado el caso, no desdice, de otra parte, del sentido de cooperación que se requiere para toda obra social. Se sirve al bien común, aún por medio de actitudes que en un momento de desgravitación de la conciencia colectiva pudieran tomarse como contrarias al bienestar de la comunidad. Recuerde usted, mi buena amiga, el drama desesperante de que Ibsen se valió para contradecir los ataques que una sorda moral de algodones hizo a "Casa de Muñecas" y "Los Espectros". El sufrido médico a quien se califica de "enemigo del pueblo" por declarar el veneno de los aguas, es símbolo de la valía de un hombre que no busca opiniones aledañas para afianzar su línea concencial, así esa posición solitaria lo convierta en blanco de la baldía asechanza.

No tema usted por mí ni por mi nombre cuando oiga que me llaman idealista y constructor de torres de humo. No imagina cuánto las amo y cómo me defiendo en ellas del peligro de las drogas que los buenos facultativos del sentido práctico propinan para la cura cabal de tamaña dolencia. Es enfermedad de las que tienen su razón y su contra en sí mismas. Es mal tan de desearse como las bacterias que, enfermando los jugos de la vid, los adoban para el mosto que en las viejas cubas se tornará en capitosos néctares.

No intento hacerme ante usted una apología que justifique mi manera de pensar, pero de esas historias, a las cuales su indulgencia quiere que me prevenga, tengo más de un cuento. Sí, mi buena amiga. Más de mil y una vez he oído que se me moteja de excesivo idealismo y de una lerda afición a decir verdades que otros, teniéndolas por bien sabidas, las silencian en obsequio a la prudencia. Al buen callar llaman Sancho. Sí, bien lo sé, pero siempre he creído en la eficacia de la palabra evangélica que aconseja no poner la candela debajo del celemín. ¿Y una verdad callada no se le hace igual a una luz escondida? La verdad es para decirla a los cuatro vientos, así vaya a estrujar malos planes de quienes, sin escrúpulos, madrugaron al éxito de las cosas transitorias. Con usted misma cuántas veces he hablado de la necesidad en que estamos de poner fin a la larga conspiración de prudencia que desde todos los confines amenaza nuestro progreso social. Mire usted cómo buscamos de engañarnos mutuamente con palabras dichas entre dientes en la recatada penumbra de los rincones. Y las medias palabras sólo sirven para expresar pensamientos sin forma ni sentido, pensamientos falsos, máscaras de verdades que quedan en el fondo del espíritu avinagrando los ánimos sociales. ¡Qué hubiera sido de nuestra Patria con un Bolívar prudente, con un Salias dedicado a disimular las palabras! ¡Si hubo independencia y libertad fué por obra de hombres a quienes, desde los ángulos del cálculo y de la parsimonia, se tuvo por cabezas huecas y lenguas sin gobierno!

Piense usted en nuestro chiste cuotidiano, aparente expresión de anchura y buen humor, y verá que es ape-

nas la burbuja reventona de los vinagres ocultos y malignos. Somos, por lo contrario, una pueblo triste que no sabe reír. Un pueblo intoxicado por el disimulo y la negación. Tememos la verdad con un horror semejante al de los niños ingleses que vieron los primeros aviones alemanes destruyendo sus hogares limpios e inocentes.

Quizá ese hábito del disimulo y esa terca tendencia a miserear la verdad sean la causa más fácil del temor a pensar por sí solos que asusta a muchos, es decir, del temor a asumir una posición que no tenga en un momento dado el respaldo de quienes reparten las bulas del éxito. Por ello yo invoco el símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma como expresión de una actitud heroica que es necesario asumir en esta hora de crisis de las conciencias. La fe hasta la desesperación pánica. La fe hasta la soledad absoluta. La fe en la fuerza que aún vive bajo tierra sin apuntar siquiera en la yerba promisoria. La fe que destruya, para el acto salvador, todo el sombrío cortejo de dudas a que nos han acostumbrado nuestros hábitos sociales de vivir a la defensiva, con la conciencia encuevada, puesta en alto una sospecha a modo de antena que recoja y filtre las vibraciones del mundo exterior.

Necesitamos una cruzada contra el silencio. Se ha alabado, y con justicia, la virtud profunda de la meditación. El tesoro de los sabios que callan. Hombres silenciosos fueron Ruysbroco, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, Novalis y Emerson. A las moradas interiores no se llega, es cierto, sino a través de senderos alfombrados de palabras sin abrirse. Sí, mi grata amiga. Pero se trata en este caso de un silencio activo,

lleno de imágenes que no hacen ruido, de un silencio alargado por la gravidez que le trasmiten las ideas forcejeantes en las palabras intactas. Silencio de silencios, oro que vale sobre la plata de las frases sonoras. "Mar incoloro del silencio", lo llama Maeterlinck, sobre cuyas ondas flotan, a manera de témpanos, las palabras cargadas de consignas eternas. El nuestro, en cambio, es un callar calculado más que un silencio confundible con la actitud esperanzada de quienes meditan para mejor obrar. Es un silencio de disimulo, un silencio cómplice de la peor de las indiferencias. Se puede callar por prudencia en un momento de desarmonía social, cuando la palabra adquiere virtud de temeridad. Mas, cuando existe el deber de hablar, cuando el orden político no tiene para la expresión del pensamiento la amenaza de las catástrofes aniquiladoras, es más que delito ese empeño de achicar las palabras, ese propósito malévolo de destruirles su sustancia expresiva. No tendrán República los ciudadanos que ejercitan las palabras fingidas. Ella quiere voces redondas. Ella pide un hablar cortado y diestro, que huya el disimulo propio de las épocas de peligro, cuando la voz de los amos acalla las voces de las personas que los sufren.

Ese impulso solitario a la verdad y al cumplimiento del deber yo lo he visto expresado en el mito de Andrea de Ledesma. Bien conozco las razones que usted encuentra para que él sea desfigurado y a mí se me tome por admirador de fatuos. Se pensará que hago mal en presentar como ejemplo en esta hora crucial de nuestro destino cívico, la memoria del anciano sin miedo que salió en las postrimerías del Siglo XVI a batir, sólo con su lanza y sobre el ruinoso caballo de las olvidadas

conquistas, al invasor que se acercaba a la solitaria capital; mejor haría en pedir que se imitara el talento de aquellos que, no desdeñando lucrar con el hambre del pueblo y con el frío de los niños sin abrigo y con la angustia de las viudas miserables, amasan fortunas que les permitirán holgar en medio del hambre y la escasez que amenaza a nuestra Patria. Así lo piensan acaso muchos que, por irreflexiva indiferencia, se hacen cómplices de los especuladores y traficantes. Pero usted no piensa de igual modo. Usted sabe que a la hora del sacrificio hay necesidad de romper muchas cosas. Y nosotros debemos desbaratar, para una vendimia de verdad, las empalizadas de silencio construídas con intención permanente por quienes se empeñan en revivir la carátula de la comedia antigua.

Y mire usted, vienen ellos de atrás y en triunfo con los colores de su farsa. Estuvieron presentes al alba de la República. Y el mismo Bolívar, llevado de su magnífica generosidad y de su gratitud sin distingos, los alabó y los absolvió en la persona ondulante del Marqués de Casa León. Desde entonces persiguen las penumbras y las puertas entornadas. Y nada menos que José Domingo Díaz fué quien los vió el 5 de julio de 1811 "ocultos en sus casas, osando apenas mirar desde sus ventanas entreabiertas, a los pelotones de hombres de la revolución, que corrían a las plazas" para escuchar la palabra encendida de los animadores de la República, a cuya cabeza se hallaba, estrenando la maravilla de su verbo, el futuro Libertador de América. Doctores del disimulo, con un pie en todas las causas, prestos siempre a pactar con quienes garanticen mayores oportunidades a sus ansias de permanen-

cia en el disfrute de los réditos, antes se han hecho sordos a todo patriotismo que pensar en la verdad y la justicia. Vestidos de mil maneras de arreos, han jugado a todos los personalismos con la muelle voluptuosidad de permanencia con que los viejos gatos de la casa miran ausentarse en cada turno a los dueños transitorios entre cuyas piernas se enarcaron adulones. No van a la verdad, que condenan como irrespetuosa al orden social, por cuanto saben que su contacto tendría la virtud diabólica de repetir la historia del Cojuelo: se levantarían muchas cosas y se verían otras más.

En cambio, nuestra misión presente, nuestra obra de balance moral con el destino, es promover un viraje en ese tipo de navegación. Que hasta el último pasajero ayude a templar las jarcias para mejor resistir el empuje de los aires en la plena mar y, con rumbo valiente, no temer el momento de navegar a orza, con el rostro fatigado por la aspereza de los vientos contrarios, que curten, con la piel, el ánimo de los navegantes.

Y sin querer he hecho una epístola que pareciera dirigida a convencer a usted de una actitud diversa, cuando bien sé que sus palabras revelan apenas una femenina prudencia y miran, sobre la realidad de las razones, a complacer sentimientos muy justos. Sé que usted participa conmigo el mismo pensamiento, así se deje llevar de la ligera opinión de otros amigos. En el presente caso no debió faltar quien comentara con usted lo impropio de invocar el recuerdo del viejo Ledesma en momentos de angustia nacional. Lirismos, manía de hacer historias, despropósitos de iluso, son palabras que han debido sonar en sus oídos antes de escribirme. Son tántos los que menosprecian las torres

de humo, porque nada valen ante los sótanos dorados, sin advertir que sólo por medio de una profunda saturación de idealidad podrá llegarse a una efectiva transformación de nuestro pesado ambiente social. Nada de paradoja. A nuestra realidad la hace intransformable el mezquino practicismo de una densa mayoría que huye esas torres de humo. La sal que anime los ánimos para estas jornadas de energía es sal de idealismo. Porque nos falta fe, alegría, esperanza, desinterés, espíritu de verdad y de sacrificio social. Todas virtudes. Cualidades que no se adquieren por medio de cálculos aritméticos. Situaciones que se avienen más con el idealista que con el hombre práctico y calculador, incapaz de renunciar a nada. Tenemos oro, mas carecemos de virtudes públicas. Con dinero los hombres podrán hacer un camino pero no una aurora. Y estamos urgidos de amaneceres. Necesitamos una alba nueva. Una alba que alumbre la fatiga de quienes han llorado a lo largo de la noche sin piedad. ¡Y cómo holgará usted con esos anchos amaneceres llaneros! Imaginará que ya apunta el nuevo día que todos esperamos. Goce usted, pues, con toda su exquisita sensibilidad, esa grata temporada de vacaciones. No sabe cuánto anhelo la dicha de poder extasiarme ante horizontes que se pierden y se juntan con el cielo, mientras

"en el aire, en la luz, en cuanto vive,
amor su aliento exhala".

Pido para usted todo género de complacencias y mándeme para servirla con el rendimiento que merece la altitud de su espíritu.

LA DEUDA DE LAS GENERACIONES

Mi querido José Nucete-Sardi: Cree que muy de veras he holgado con la glosa entusiasta que hiciste a mi carta acerca del símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma. No extrañé tu premura en salir a la jineta tras los pasos del anciano cansado que supo, pesia sus grandes años, erigirse por modelo de caballería para quienes confían en la utilidad de los sacrificios sin vecino provecho. Cervantes, de haber logrado el "salvoconducto" que creyó halladizo en nuestra América bárbara del Siglo XVI, hubiera podido escuchar de labios de este Alonso nuestro, aventuras y ocurrencias del Manchego que no las conociera el propio Maese Nicolás. Porque nuestro Quijote, como el otro, arranca de la misma cepa, es sarmiento de la misma vid fecunda que trae las raíces bien henchidas de la vieja espiritualidad castellana y que toma reciedumbre en la clarísima prosapia de quienes desde los tiempos antiguos han preferido la muerte a una vida de ignominia. En nuestra montaña virgen cuántas veces hemos tropezado con ese milagro biológico de orquídeas adheridas a la dura roca y que, a pesar de ser sólo alimentadas del húmedo aire selvático, revientan en flores de sin par hermosura. Aire sólo piden, como tales plantas, estos hombres enjutos y audaces, aire, y aire puro, que ventile la conciencia y traiga hasta ella el aliento heroico de la libertad. Viven del aire, como vivió San

Pedro de Alcántara, hasta no parecer de puros flacos, según la plástica expresión tersiana, "sino hechos de raíces de árboles". Poco necesitan para el cuerpo: el espíritu les crece, en cambio, con el alimento que baja de arriba, de las nubes, donde el vulgo los mira en permanente trance de ilusos. No trabajan para engordar según el siglo sino para lucrar señorío sobre sí mismos. ¡Y ya tienen dominado el mundo! Figuras simbólicas, mitos magníficos que los pueblos necesitan mirar con frecuencia para volver a la reflexión de lo heroico.

En pocos momentos de nuestra vida, mi querido Nucete-Sardi, hemos estado, como en esta hora angustiada de nuestro presente, tan urgidos de los ejemplos tónicos. Sólo un acto de desvergonzada sinceridad puede mejorar las rutas de nuestro destino social. Necesitamos clamorosamente volar la pierna al viejo caballo de Ledesma y ganar los caminos de la verdad. Los hombres han hecho a caballo nuestra historia, como si el binomio hombre + animal fuera mejor para guiar las conciencias que el mero filósofo caminante a ras de tierra. Pero muchos se han encaramado sobre las bestias sólo para dominar con mayor facilidad a los hombres de a pie y no para llegar más presto al momento de la creación. Nuestro hérce pensó de otro modo: su caballo concreta un ideal solitario y fecundo. Su caballo representa, junto al símbolo municipal de la defensa del pueblo, el símbolo ancho y perenne del hombre que se sacrifica por el honor, por la justicia y por la verdad; el símbolo sin patria, porque vive en la permanencia de todas las patrias, de aquella intención que, lejos de afincar su poder en la unanimidad de los aplausos y en la plenitud de los réditos de ahora, se

reserva para vendimiar frutos seruendos, mas de eficacia perdurable en los tiempos que vendrán.

Andrea de Ledesma al no huír la muerte, salvó con ella el honor de la ciudad y edificó para el futuro un ejemplo de altiva vigilancia. Los otros huyeron. Eran los prudentes. Los hombres de la palabra calculada y de los gestos discretos. Los hombres que supieron en sus seguras casas rurales la nueva del saqueo y del incendio del poblado. Por largas generaciones estos hombres asustados han venido diciendo su palabra inoperante al anunciarse para la Patria el peligro de la tormenta. Han sido descendientes espirituales de estos tímidos y prevenidos pobladores, quienes en todo momento han puesto su guijarro decisivo en la votación para resolver la suerte de la Patria. Y sus palabras, pesadas como piedras de molino, han hecho intransitables los caminos que conducen a la hora de los amaneceres.

A nosotros nos corresponde remover piedras y estorbos, y contra los vocablos megalíticos hemos de lanzar agudas y cortantes voces que los horaden y destruyan. Nuestra generación tiene una deuda que saldar con el futuro. Detrás de nosotros vienen jóvenes que esperan nuestra voz curtida de experiencia. Sí, debemos decirles a los cuatro vientos y desde todas las cimas: "¡Sed mejores que nosotros y, si aspiráis sinceramente a servir a la Patria, no os conforméis con imitar nuestra insuficiencia!" Porque nuestra tragedia reside en haber llegado sin llegar. En ocupar sitios que reclamaban mayor aportación de cultura y de responsabilidad. Hemos aprovechado, unos más que otros y sin dolo de nuestra parte, las rutas hacederas en un

país sin jerarquías y sin sentido responsable. Somos, debemos gritarlo para que lo aprovechen los jóvenes que nos siguen, figuras postizas que fácilmente se deshacen a los fuertes rayos de la crítica. Es la tragedia de una, de dos, de tres generaciones sin gravedad. Es la farsa de un pueblo a quien se enseñó a calcular como de curso las monedas de chocolate. Nuestro deber con el futuro, nuestra obligación con los hombres que han de sustituirnos en los planos representativos de mañana, es enseñarles nuestros defectos, es mostrarles nuestra pobreza, nuestra falla, nuestro propio dolor torturante. Así ellos podrán mejorar y superarnos. Así aprenderán, por nuestra experiencia sin remedio, a llenar los vacíos que nosotros no pudimos salvar.

Nuestra generación debe saldar esa deuda que viene de atrás. Debe liquidar la herencia que recibimos sin beneficio de inventario. Acaso así gocemos mañana la satisfacción de sentirnos sin compromisos. Podríamos hasta conquistar una nueva alegría. Dejaríamos de ser hombres en continuo trance de asechanza. Porque ese es y ha sido nuestro mejor ejercicio social: cuidarnos de los otros para no dejar al descubierto nuestra flaqueza, y, claro, embestirles de primeros. Nuestra táctica social, por esta desviación de actitudes, no ha consistido en buscar, para hacerlas útiles, las virtudes de los otros: por lo contrario, hemos indagado los defectos de los demás a fin de ver la mejor manera de aprovecharlos en beneficio propio. Toda una técnica de política florentina, a que nos ha conducido nuestra pobreza de formación y nuestra carencia de sentido colectivo de responsabilidad.

Sobre el caballo de Ledesma, o a la zaga de él y a la jineta, bien dobladas las rodillas, sobre rocín de dura barba, podemos gritar nuestra verdad, podemos vocear la verdad de una, de dos, de tres generaciones de formación exigua, a quien tocó el angustioso destino de no haber tenido mejores guías. Es el momento de echar por la borda este lastre que dificulta la marcha de nuestra nave. Ante la imposibilidad de reconstruir el pasado y de enmendar en forma definitiva las deficiencias presentes, digamos a quienes esperan de nosotros palabras responsables, la verdad de nuestra tragedia. Así sabrán que nuestra cojez no los habilita para imitarla, menos aún para intentar superarla con la absoluta baldadura. Debemos enseñar a las nuevas generaciones, no el inventario de nuestros pocos aciertos, sino las caídas que han hecho imperfecta nuestra obra personal y, consiguientemente, impedido que ésta aflore con acento redondo en el campo colectivo. Enseñémosles que el sentido social de la Patria no pide la labor aislada de escultores que cincelan figuras por su cuenta para superar al artista del taller vecino, sino una obra metódica y común, animada de un mismo espíritu creador, que tanto lucra con el genio de los unos cuanto con la experiencia que da el fracaso de los otros.

Esa risa sin alegría, esa carcajada continua con que buscamos olvidar nuestra amargura y nuestro recelo, hemos de sustituirla por un acto de meditación serena y profunda acerca de nuestros compromisos con los hombres que nos siguen. Necesitamos, y tú lo has dicho con precisión, botar los envoltorios de los *temores usureros,* para lograr construir puentes que absuelvan los abismos donde fracasan, por falta de amal-

gama, los obreros de un futuro mejor. Y esos puentes han de tener sus bases bien hundidas en la verdad. Necesitamos proclamar ésta sin temor alguno, y, como de lo contrario, hay un afán de verdad, debemos, como tarea inicial, echar a rodar la nuestra. La verdad de nuestra tragedia formativa. El dolor de nuestra propia insuficiencia. Lo inconsistente de nuestra capacidad ductora en los planos de la cultura. Es tiempo de no seguir diciendo a quienes creen en la eficacia de nuestra palabra: "¡Oid con atención, seguid mi ejemplo y tendréis hecho vuestro deber!" La lección, si queremos educar a las generaciones que habrán de seguirnos y evitar en ellas la permanencia de los pseudo mentores, debe ser muy otra. Necesitamos decirles: "Nos juntaremos aquí para estudiar: vosotros traéis la voluntad de aprender, yo os enseñaré el dolor de mi camino y os daré la experiencia de mi angustia, a fin de que os sirvan en vuestra obra personal de abriros mejores sendas. Con saber lo que me falta tendréis buen guión para el trabajo vuestro". Así serviremos a la Patria. Así contribuiremos a saldar la deuda de las generaciones. Así habrá en lo por venir hombres más densos y con antenas más finas. Así sabrán mañana quienes se forman en nuestras universidades que con las togas y las ínfulas no reciben patente de corso para el ejercicio de la mentira, sino insignias llamadas a señalar a los portadores del buen consejo. Bien lo dices tú: "No es cultura la mentira". Y que se sepa bien que no es cultura sólo el emborronar papeles y mascujar mal aprendidos discursos: cultura es un proceso de búsqueda y superación del hombre, que comienza en el embolador que lustra los zapatos y va hasta el Obispo que absuelve los pecados.

Y que siga, mi querido Nucete-Sardi, nuestro grato dialogar tras la ruta de Ledesma. El va delante, sobre caballo de baquía en estas agrias sendas. Aun sobre tardos jamelgos podemos darnos a la obra de tomar las huellas que marca su herradura. Que Dios te mantenga en tu fe y en tu esperanza. Ya hablaremos en otra ocasión de la caridad. Esta es hoy también virtud en crisis.

LA VIDA DE LOS HEROES

Mi buena y generosa amiga: ¡Magnífico regalo el de su carta! La esperaba de largos días. ¡Cómo me complace saber que usted vuelve a sentirse niña a compás que su espíritu se hunde en la ancha sabana guariqueña! Me explico sus deseos de correr; también los siento yo cuando imaginativamente viajo por esas anchuras desde la reducida sala de mis libros. Porque se viaja dentro de los cuartos. ¡Y mire que se va lejos!

Vuelve usted a decirme que considera inútil el símbolo de Ledesma en una hora que reclama acción e insiste en creer que muchos tomarán mi intento sólo como simple afán de historias. Sin embargo, y a manera de consuelo para mi fracaso en el propósito de servir a la urgente necesidad de la hora nacional, me dice que apenas la literatura me agradecerá la aportación de un símbolo más. ¿Y qué otra cosa quisiera yo, mi buena amiga? No se trataría tampoco de crear un símbolo nuevo, sino de despolvar un símbolo olvidado, un valor nuestro que se quedó a la zaga en un recodo de la leyenda y al cual, si es cierto que volvieron algunos escritores, no se ha dado hasta el presente el precio que reclama en nuestra simbología patriótica.

Ni podría, de otra parte, pretenderse más. No imaginará usted que me anime la idea de ver salir a nuestra

póbre y explotada gente, sobre caballos cansados, a luchar contra los mercaderes de todo orden que hacen cada día más difícil nuestra vida. Así merezcan ellos que se les quiebre un cuento de varas en la espalda, no es tal lo que se busca con Ledesma. Nada de materialidad. Esas varas, en todo caso, quien pudiera quebrarlas sería la autoridad encargada del orden social. Se busca sólo alentar una idea de fe, un sentido de noble desprendimiento, una conciencia capaz de vencer el miedo de las actitudes solitarias. Sobre todo, un designio de ir a la verdad. Un sentimiento de deber y responsabilidad ciudadana. Puede decirse que el mito de Ledesma incorporaría a nuestro ideario común gran porción de las virtudes que nos faltan.

Todo lo que vive en el Quijote lo tenemos a mano en este buen Alonso nuestro. Sin el ámbito del Manchego, el de acá tiene el mérito de haber realizado lo que el otro soñó. Mire usted la diferencia que hay entre ir en alas de la fantasía contra molinos de viento y habérselas solo y ya sin fuerzas para la lucha, con ingleses que no volvían grupas a los gritos de "¡Santiago, y a ellos!" con que el anciano procuraba entonar sus lentos pulsos. ¡Quijote, y de carne y hueso! Antes de aparecer escrita la historia memorable de Quijano el Bueno, nuestro héroe conocía las andanzas por tierras castellanas de aquel su deudo mayor, cuyo nombre y cuyo espíritu trajo a nuestra Patria para fundar larga estirpe de caballeros libres. Medite en nuestro símbolo y verá cómo, con incorporarlo a nuestra literatura patria, tendríamos una fuente de edificación moral y cívica.

Pero crea usted que de su carta, sobre el interés que toda ella merece, en especial el vivo cuadro que me pinta del rodeo a que madrugó con sus buenos huéspedes, nada me ha interesado tánto como la posdata. Cierto que casi siempre se reserva lo mejor para lo último y en materia epistolar se recalca lo de mayor interés después de bien calzada la firma. Quizás de su parte no haya habido segundas intenciones, mas la noticia de su festinado regreso, a fin de tomarse el tiempo requerido para el arreglo de un traje negro con que asistir a los funerales de Bolívar, me trae al cálamo pensamientos que prosiguen nuestras viejas conversaciones sobre el Padre de la Patria.

No haga usted eso de vestir negros ropajes en la hora de la apoteosis de Bolívar. Eso estuvo bien que lo hicieran doña María Antonia y sus deudos cuando el año 31 asistían a las misas por el alma del pariente difunto. Para nosotros Bolívar no figura en la lista de "los fieles difuntos". Bolívar no es un difunto. Bolívar es el héroe permanente y ubicuo. Relea usted aquel concepto de Romain Rolland en su obra crítica sobre Beethoven, donde se refiere al *Adaggio assai* de la Tercera Sinfonía. El héroe ha muerto después de la *coda* del Primer Movimiento, "pero en realidad, dice el maestro, nunca estuvo más vivo que ahora. Su espíritu ciérnese sobre el féretro que la humanidad lleva a hombros". Lo mismo sucede con Bolívar. El está vivo, y si muchos lo miran como muerto, debemos luchar tenazmente contra tal idea. Bolívar murió para aquellos que quisieron hacerse sus albaceas. Y ha sido durante los largos cien años de nuestra historia republicana, un muerto cuya fama sirvió para dar lustre a todas

nuestras deficiencias. Hemos vivido de la gloria de un gran muerto. De un muerto a medio enterrar que, pese a su grandeza, ha despedido un hálito fúnebre en nuestro propio ambiente cívico. Bolívar debe vivir para que no sea un fardo ataráxico sobre la voluntad venezolana. Y ha de vivir en actos nuevos. En gestos de creación. Yo no creo que podamos cerrar con siete llaves, como se pidió para el Cid, el sepulcro de Bolívar. Por lo contrario, creo que no debemos convenir en la segunda muerte de Bolívar. En esa muerte a que ha sido condenado definitivamente por quienes lucran con la evocación de su memoria, a menudo aplicada a cosas que contrarían sus ideales de Libertador. Ni menos aún debemos aceptar que su obra pueda ser sometida a una exégesis calvinista que detenga la parábola de su pensamiento multiforme y dialéctico.

Nuestra Patria ha venido viviendo de la gloria de sus muertos. Hemos sido un país de necrófagos. Nuestros héroes han servido de adormidera cívica para el pueblo engañado. Se les evocó con pinturas de subida ponderación como para embriagar las mentes retardadas. Se ha invertido el propio sentido de la Patria y lejos de ver en ella un panorama de presente y de futuro se ha vuelto la vista hacia atrás para buscarla en el pasado estático. En la escuela se sustituyó la cultura de las virtudes ciudadanas por la permanencia de un rito fúnebre. Y los delitos contra los vivos se expiaron por medio de homenajes a los muertos. Se sembraron estatuas de Bolívar a lo largo de los caminos de la Patria, mientras los hombres llamados a ser libres, unos soportaban el peso de los grillos y otros mantenían sobre

los labios las duras consignas del silencio. Y muchos hasta llegaron a creer en la posibilidad de fabricarse un "familiar" con reliquias del Padre de la Patria.

Para animar nuestra vida social debemos animar previamente a nuestros héroes. Debemos verlos como símbolos vivos. Como entidades morales que necesitan nuestra energía y nuestra intención de ahora, a fin de que sigan viviendo. Son ellos quienes reclaman nuestro esfuerzo. Porque somos nosotros su complemento actual. Los sufragios que harán descansar a nuestros héroes son las obras nuestras en el campo de la dignidad ciudadana. Nuestra gran ofrenda a su memoria es sentirnos colectivamente dignos del sacrificio que los llevó a la muerte.

Debemos ver a Bolívar no como difunto, sino como el héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber de hoy en el campo de la dignidad humana.

Los grandes muertos forman el patrimonio espiritual de los pueblos. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea ésta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la Historia. Y hemos considerado que nuestra misión principal como pueblo consiste sólo en pregonar a todos los vientos la gloria de nuestros Padres,

sin pensar que los mayores contornos de esa gloria sirven para hacer más duro el paralelo con nuestra deficiente obra del momento.

Necesitamos a nuestros antepasados en función viva. No en función de difuntos. Necesitamos su ejemplo permanente y no su fama. La fama de Bolívar muerto no es nada ante el ejemplo creador de Bolívar vivo. De Bolívar caminando. De Bolívar trabajando por la dignidad de América. Por ello ni la espada ni el pensamiento de Bolívar es cosa muerta. Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Mas, la vigilia de Bolívar reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la Patria. Sirvamos a Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los caminos que él abrió. Porque no debemos olvidarlo: volvieron las cenizas del héroe, mas quedó vigente por muchos años el decreto que lo había expulsado de nuestra Patria. Ausente ha estado su espíritu y sobre los hombros de nuestro pueblo ha gravitado sólo un féretro vacío. Una sombra apenas que ha servido de ropaje para cubrir nuestra deficiencia cívica.

Vista usted de verde, mi buena amiga, para la apoteosis de Bolívar. Tome usted el color de la primavera. El color de la alegría que respiran los vencedores de la muerte. Crea usted que en Santa Marta no murió el Padre de la Patria. Moriría Simón Bolívar Palacios, el hermano de Juan Vicente y de María Antonia. El otro tuvo su tránsito hacia la gloria de los tiempos, donde no hay muertos, donde viven los héroes. Y de verde

debe vestir también nuestra Patria, llena del espíritu helénico de la libertad, que hace posible el retorno de los héroes antiguos.

Al regresar usted tendré ya listos los apuntes sobre historia colonial que me demanda para satisfacer la curiosidad de su amiga anticuaria. Mas, adelante usted a ella que no crea a pie juntillas en la fraseología de esos señores. El barroco es cosa muy seria. Para entenderlo se requiere algo más que retablos y pilares. Hay que sentirlo a través de las propias instituciones sociales de la Colonia y de los residuos de cultura viva que obran en nosotros, sin que eso empezca para que se pondere el mérito de quienes procuran defender los restos artísticos que lograron salvarse de los negociantes sin conciencia nacional.

Llegue usted en breve y me dará, junto con el placer de saludarla, el muy singular de escuchar de sus labios el relato de esa vida salvaje y tónica que se abulta en su carta, tan bien escrita y tan exquisitamente sentida. Y crea que pido al Señor quiera mantenerla en su guarda y darme a mí salud para estar siempre presto a bien servirla.

LA CRISIS DE LA CARIDAD

Querido José Nucete-Sardi: En nuestra última charla acerca del significado educativo del mito de Alonso Andrea de Ledesma llegamos hasta enunciar el estado de crisis en que se encuentra hoy día la misma caridad. Fué éste el tema que esperamos tratara exhaustivamente en su primera conferencia José Antonio Aguirre, cuando su reciente estada en nuestra capital. Todo el dolor y toda la sinrazón de la guerra la hace arrancar el ilustre Presidente vasco de la falta de caridad entre los hombres. Falta de caridad. Es decir, falta de amor. Falta de amistad, que es la expresión, en función social, del afecto humano.

Hay en realidad una crisis alarmante de caridad. Negarlo sería tanto como negar la luz solar. Pero la vemos y reímos de ella. Nuestra misma carencia de conceptos generales hace que muchos tengan de la caridad una imagen usurera de monedas que caen sobre manos suplicantes. Conocí un caballero — ¡cuántos de sus iguales habrás conocido tú! — que, aún dándose el lujo de poseer un cementerio privado para aquellas personas a quienes solía precipitar la despedida de este pícaro mundo, era calificado comúnmente como hombre de "gran caridad", en gracia a la costumbre de distribuir, con su mucho de ostentación interesada, exiguos dineros entre familias pobres del poblado. La

caridad no ha pasado de eso: repartir algo de lo que sobra de la mesa opulenta, así en ella se haya sacrificado una fortuna que bien pudiera hacer la dicha de un barrio y así se haya olvidado para amasarla el dolor de los hombres que, con su trabajo, ayudaron a quienes la gozan sin medida. ¡Y que hablen los puentes de Caracas!

Pero no se trata de la crisis de esta caridad dadivosa y fungible, no se trata de lo que duela a los tenedores del dinero ponerlo en manos de los hombres hambrientos y necesitados. Porque tampoco es caridad esa profesión elegante de regalar, en busca de aplausos y de fama, abrigos por Navidad a niños cuyos padres han sufrido trescientos días de abandono e indiferencia de aquellos que están encargados de distribuir los beneficios sociales. Caridad es otra cosa. Caridad es algo más que fundar "sopas" para ganar concepto de gente desprendida y filantrópica. Caridad es algo más que ese salvoconducto que, a costa de cortos dineros, procuran lucir ante la sociedad pacata quienes se sienten responsables por actos tenebrosos. Caridad es nada menos que lo contrario del odio. Caridad es amor. Caridad es Cristo frente a Barrabás. La caridad es Dios mismo en función social. La caridad es ese amor que mueve, según Dante, "il sol e l'altre stelle". Pozo de alegría permanente. Expresión de la Divinidad que gobierna el universo. Ella barre toda tristeza. El soplo suyo es para tornar risueños los rostros de aquellos "ángeles tristes" con quienes dice haber hablado Swedemborg. ¡Amor de caridad!

Para los que creemos en el espíritu, ella es fuerza que anima y enrumba la marcha de la sociedad. Es la

virtud antimarxista por excelencia. Es el solo aglutinante social que puede evitar la crisis definitiva de la civilización. No se puede negar, sin craso yerro, que el único muro capaz de detener los aires embravecidos de la catástrofe social sea la caridad, por la simplísima razón de deberse a su ausencia de los presupuestos sociales la copia de injusticias que engendran y justifican el odio de los desafortunados, donde toman aliento los huracanes que hacen crujir los pilares de la sociedad.

Virtud antimarxista que no ejercitan ni piensan ejercitar los profesionales del antimarxismo. En apariencia una paradoja. Pero hay que ver cómo una gran mayoría de quienes atacan las fórmulas de Marx son esencialmente marxistas equivocados. Ignoran el espíritu como fuerza de creación social y profesan, en cambio, el odio como elemento constructivo. Profesan el odio, así como lo escribo, porque no otra fuerza puede moverlos a servir al orden permanente de la injusticia. Y la injusticia es violencia contra la caridad. Su odio se distingue del odio que anima las revoluciones en que es mudo, reflexivo, de meditado cálculo, frío como el carcelero que remacha los grilletes, mientras el otro es odio de reacción contra el dolor, odio que grita contra la injusticia, odio de la calle. El uno tiene prudencia y lustre, el otro tiene sudor y angustia. Pero ambos son odio.

Quien ama, en cambio, ve en el hombre a su igual, y como a igual lo trata y como a igual le sirve y le protege. Nuestros profesionales del antimarxismo no ven la esencia, no juzgan el balance moral de las doctrinas: poco les importaría la dialéctica materialista si ésta no desembocara, como expresión económica, en

fórmulas contra el sistema capitalista que les favorece. ¡Allá los problemas del espíritu! Defienden sólo lo de fuera. Protegen la estructura que les garantiza el disfrute impune de los goces del mundo. Y, como son de una impudicicia sin medida, pretenden atacar, aún con las peores de las armas reservadas para las oscuras asechanzas, a quienes piden, desde la más honesta de las posiciones sociales, que el orden económico se acerque a los reclamos de la caridad. Es decir, a los reclamos de un sistema fundado en el amor y en la comprensión de los hombres. No en la caridad de las piltrafas. No en la caridad de repartir lo que sobre. Sistemas falsos que sirven a rebajar la propia dignidad de los hombres que reciben los mendrugos. Es caridad de comprensión. Caridad de entregar lo que abunda a quienes lo necesitan. Caridad que escucha aquel consejo sapientísimo de Santo Tomás, según el cual no debemos gozar las cosas exteriores sólo *ut proprias, sed ut comunes.* Caridad de vernos en el espíritu de los demás. Caridad que ilumine los caminos de los hombres. Amor activo que Robert Browing expresó con tánta propiedad en sus versos de *Pascua y Navidad,* al decir que mayor sentido de divinidad existirá en el gusano vil que ama su terrón, que en un Dios sin amor entre sus mundos.

Sí, mayor divinidad, mayor sentido de plenitud espiritual existe entre quienes comparten su pan y su palabra insuficientes, que entre los sordos caballeros de añejo lustre mas de sobrada prosa que, pudiendo servir a manos llenas, regatean y acaparan la justicia y el consejo. Porque la caridad es sentido de solidaridad y afán de distribuir. Distribuir ora cosas materia-

les, otra palabras útiles. Porque son monedas las palabras cuando se las ha puesto sentido creador. Cuando marcan rumbos. Cuando no destruyen. Y, sobre todo, caridad es respetar el fuero de la personalidad vecina.

Acabo de tropezar con una maestra de escuela, de profunda religiosidad y de empeño indesviable por la salvación de las almas. Ha hecho un "cepillo" para reunir entre sus alumnos fondos destinados a proteger las misiones entre infieles. Creo que se trata de sostener un colegio en China. Los niños se desviven por lograr monedas para tan piadosa empresa. Y, sin embargo, he escuchado a esta caritativa redentora de almas lejanas cuando llenaba de improperios, capaces de crear el más irreductible de los complejos, a un alumno retardado a quien se dificultaba la comprensión de un problema de aritmética. Y por ahí anda la caridad en crisis. Se busca el gesto que atraiga la admiración irreflexiva y se olvida el deber cercano. Porque la caridad comienza por cumplir lo menudo, lo casi invisible de la vida cuotidiana. Ella, como nexo que une a los individuos, es a la sociedad lo que las cargas eléctricas a los electrones que integran la estructura infinitesimal de la materia. Sin caridad no hay cohesión. Sin caridad prospera la guerra. Justamente es ella lo que Marx olvidó para animar el comunismo que al final de la lucha de clases reprimiría la violencia. Es la "dificultad" cuyo remedio Laski apunta como no señalado por el fundador.

Crisis de la caridad es tanto como crisis del espíritu social. Como crisis de nuestra propia cultura cristiana. A causa de ella se abren ancho cauce los sistemas que propugnan la reforma violenta del mundo

como un mero problema económico. Ella, la caridad, ha faltado del orden presente, del mundo materialista, epicúreo y lleno de egoísmo que pretenden defender, con principios sin contenido, los marxistas equivocados. Ellos pudieran enterrarse por sí mismos, y nos tendría sin cuidado; ellos podrían ir al suicidio de su sistema y de su clase, y nos vendría hasta bien; mas lo trágico del caso es que ellos se empeñan en arrastrarnos en su fracaso. Aspiran a que sacrifiquemos el porvenir de la cultura en aras de sus intereses caducos. Quieren que el espíritu preste sus fórmulas para defender sus instintos. Buscan de dar apariencia cristiana a un orden sin caridad que es la negación del cristianismo. Y la crisis llega al punto de lograr que se abran sacristías fáciles donde consiguen imágenes del Crucificado con que fingir intenciones sobre las puertas de sus tiendas farisaicas. Y Cristo, el Cristo de la Caridad inacabable, sube un nuevo calvario para proteger a estos marxistas equivocados. Y de ahí las alianzas y contraalianzas que hacen aparecer a predicadores de la caridad como cómplices del crimen. De ahí que la misma guerra luzca tintes de cruzada y que el pueblo confundido rompa los Crucificados al desbaratar las tiendas que se ponen bajo su guarda.

Y hay crisis de caridad porque hay crisis de espiritualidad. Todo se valora sobre las mesas de los prestamistas. No tienen curso sino los papeles susceptibles de redescuento. Toda una cultura fundamentada en el hecho económico. Cultura cuyo espaldarazo se recibe en los bancos y en las bolsas comerciales. Cultura de éxitos grabados en las letras de cambio. Cultura de diagnosis materialista que se empeña en ser confun-

dida con la cultura cristiana. Cristo no tiene nada que hacer con quienes le niegan en el corazón, así carguen su nombre colgado de los labios.

Ledesma no hubiera quebrado una lanza por la permanencia de estos sistemas utilitarios y egoístas. Vió en el pirata, sobre el amenazador de la riqueza, el hereje que pudiera atentar contra la paz y la plenitud espiritual de la cristiandad colonial. Eran profundas y por demás agrias las disidencias entre el inglés y España. En aquel siglo de aspereza religiosa se entendía debatir, con la finalidad económica de la piratería, un problema de desfiguración de conciencias. Un problema de fe. Un caso moral de vida o muerte eterna. Para Ledesma, Amias Preston era un disfraz del Anticristo. Era lo que para todos debiera ser Adolfo Hitler. Pero cata cómo nuestros profesionales del antimarxismo sólo miran el problema con sus antiparras económicas, sin parar mientes en la profunda diferencia de las culturas. Por ello, y esto sirve de causa al disimulo culpable, el orden de caridad que anule las prédicas marxistas, ha de destruir previa y fundamentalmente el orden viejo de la sociedad y supone, según el admirable juicio de Maritain, que "un día la gente haya comenzado a apartarse del presente y, en cierto sentido, a desaparecer de él".

Sólo la caridad puede transformar el presente y preparar la mañanera aparición de la justicia. Y en el fondo de la mañana, sobre la llanura verde y alongada, la figura de nuestro iluminado luciría como un símbolo de la fecundidad de la justicia y de la libertad. Su caballo es capaz, aunque se nos haya dicho en burla, de conducir a fórmulas idóneas para atar las manos que

buscan de amasar fortunas con la escasez que nos angustia. De mí que se rían. Ya estoy curtido para las burlas. Desde la puerta de mi casa veo, sin embargo, el regreso de los entierros.

Que siempre tengas enjaezado tu jamelgo para poder disponer de él con la premura con que sabían hacerlo aquellos vigilantes caballeros que, a fin de ganar tiempo, solían pararlos, bien arreados, en los mismos aposentos donde dormían con sus mujeres.

EL RETORNO DE BOLIVAR

Alonso Andrea de Ledesma que, caballero en el cansado corcel de la conquista y con la sola ayuda de la lanza enmohecida y de la rodela que su brazo ya no puede sostener, sale en defensa de la ciudad contra el pirata que la asalta, se yergue entre los más antiguos héroes que han regado su sangre por mantener la integridad del suelo nacional; y cuando el concepto de la Patria total sustituya la fragmentaria noción que de ella nos presentan las historias populares, en el monumento que perpetúe la memoria de sus fundadores, un nítido bajorrelieve habrá de mantener vivo el recuerdo de este héroe solitario. Tal escribíamos por 1933 al estudiar la formación de las capas sociales de la Colonia. En Ledesma vimos la expresión del esfuerzo afirmativo de la Patria nueva que echaban a andar en estas tierras anchas del nuevo mundo los aventureros españoles. Patria nueva, cuyo espíritu arrancaba de la península para crecer independiente. Patria que fundiría, para la formación de la nueva nacionalidad, el alma arisca del aborigen y el alma sufrida del negro, llegado a nuestras playas con el grillete al pie y la protesta en el fondo de la callada conciencia, con el alma histórica del peninsular, altanero y dominador. De ahí nuestra tragedia formativa: un pueblo con cultura propia sumado a tribus sin sedimentación histórica y a

masas de hombres arrancados, como bestias salvajes, de su lejano marco geográfico. Mas, luchando contra los prejuicios y guiado de no desmentido sentimiento igualitario, el ibero preparó este caos de América, donde vuelve a correr, unificada para un nuevo génesis del mundo, la sangre que fué una en las venas de Adán. La sangre de la humanidad. La sangre del hombre vencedor de las razas. Porque América es el continente llamado a desvirtuar aquel decir de Goethe, según el cual la humanidad es un concepto vano y el mundo sólo una reunión de hombres. Porque América es el continente donde se salvará el espíritu.

Y nosotros fuimos la voz de América. Un destino oculto preparó en esta colonia pobre la gestación de los más grandes americanos de los Siglos XVIII y XIX: Miranda, Bolívar y Bello. Circunstancias de defensa hicieron que en Venezuela hubiese una organización militar superior a la existente en las otras porciones del imperio ultramarino de España. Y por eso desde aquí se habló más alto y desde aquí se dirigieron las líneas fundamentales de la Revolución. Fuimos la voz de América. Hacia Caracas, como hacia una nueva Jerusalén, volvieron las miradas y los oídos los pueblos del hemisferio colombino. Aquí se gestó el gran choque de los tiempos. El pasado de la Colonia frente al porvenir de la República. Aquí se escuchó por vez primera el verbo creador de Bolívar. Mas el valle de Caracas era muy poca cosa para aquella voz de fuego. Y se marchó lejos, a medirla con el Tequendama y con el rugido de los volcanes ecuatorianos y con el silbo de los vientos del altiplano andino.

Bolívar se fué, y la Colonia que había reaparecido desde el año 14 hasta el 21, la Colonia que había llorado la muerte de Boves y que en "La Guía" celebró a Morillo y con Moxó levantó empréstitos para ahogar la Revolución, reaparece con nuevos vestidos para rodear a Páez. El Centauro invencible en la llanura ya tiene quien lo dome. En torno suyo, como círculo de hierro llamado a perpetuarse en nuestra vida política, se reunen los hombres "honrados" que apenas se habían atrevido a ver desde las puertas entreabiertas la marcha de la Revolución. Son los hombres del absolutismo fernandino, con las lenguas curtidas de calificar de locos e impostores a los Padres de la Patria. Y Caracas, la cuna de la libertad, se torna abiertamente en centro contrarrevolucionario. Desde su ciudad natal se empieza a atacar al Héroe, en quien se polariza el odio de los que añoran, con sincero afecto y despechados, las juras de Fernando VII. El año 27 Bolívar torna a su solar nativo. Pero ya está sembrada y frutecida la discordia, y es él quien ha de quebrar los principios para buscar en balde el equilibrio de Colombia. No es comprendido en sus propósitos y afanes, y, cuando regresa a Bogotá, donde ahora se guardan los penates de la Revolución, ha de encarar con una manera contraria de enemigos. Se le niega en su propio amor a la libertad. Se le calumnia en sus propósitos de salvar la recia unidad política que fué el más grande de sus sueños de creador. Y mientras allá las Furias desencadenadas afilan los puñales parricidas, de acá se le echa como a proscrito de un gran crimen. Es la tragedia del héroe. Es el momento culminante de su gloria. Muere, y su espíritu queda fuera de la Patria. Sus ideales

desplacen a los directores de la política. Hombres cómodos y rencorosos que no perdonan los sinsabores que les había ocasionado aquella lucha feroz alimentada por Bolívar y, menos aún, las pérdidas sufridas en sus bienes materiales. Hombres dispuestos a retener el poder a todo evento y a quienes sólo calzan bien las ideas que el Libertador expresó como antídoto de la demagogia, cuando imaginó que ésta pudiera hacer presa de Colombia la grande. La triaca amarga que Bolívar indicaba como medio transitorio para curar el mal de la anarquía, se quiso ver como el corazón permanente de su filosofía política. Y el hombre de la libertad fué tomado por tutor de tiranos. ¡Y el nombre de quien libertó pueblos se usó como escudo por aquellos que negaron los derechos del pueblo!

Después de cien largos años de exilio, Bolívar reclama su puesto en nuestra Patria. No un puesto en el panteón, como difunto venerable; ni sitio en el museo para sus armas e indumento; ni cuadros entallados para su figura inquietante. Ni discursos vanos con que se procura engañar al pueblo y lucir arreos de patriotismo. Tampoco quiere la heroicidad de las estatuas. Pide su sitio en la vida cuotidiana. Pide campo donde crezcan sus ideas. Pide horizontes para sus pensamientos deslimitados. Quiere una conciencia fresca en la gente moza. Aspira a que los hombres nuevos sean capaces, como lo fué él, por sobre todo y sobre todos, de volar la pierna al viejo caballo de Ledesma cuando se anuncie la hora de los peligros. Quiere hombres sin miedo a la verdad. Quiere en las nuevas promociones

un sentido de inteligencia social que haga posible la realización de sus ideas de libertad y de dignidad humana.

Cuando Alonso Andrea de Ledesma sacrificó su vida en aras de la Patria nueva, creó la caballería de la libertad, cuyo máximo representante habría de ser Simón Bolívar. Por eso, en estas horas difíciles de la Patria, hemos invocado como símbolo de creación el caballo del viejo extremeño. El caballo que conoce los caminos por donde se va a la misma dignidad de la muerte. Ledesma representa todo el sentido de la Patria recién formada. De la Patria que empezaba a caminar. De la Patria urgida de voluntades que la sirvan sin pensar en la vecina recompensa. Y representa, sobre todo, al hombre sin miedo. Al hombre que se abre camino sin rendir homenaje a la prudencia. Al hombre que sabe romper las consignas culpables del silencio. Al hombre que no teme la soledad de sí mismo. Al hombre que por sí solo es un tratado de agonística.

Sobre el caballo de Ledesma, por cuyas venas corre sangre de Pegaso, de Lampo, de Rocinante y de Babieca, se han ganado las grandes jornadas de los pueblos. No sólo tiene mérito el caballo capaz de la victoria entre el ruido de las metrallas, pero también el caballo pausero, a cuyo lomo manso viajan los filósofos. Es el de Ledesma caballo baquiano de los caminos que conducen a la verdad, a la justicia y al desinterés. Tres virtudes que no han hallado verbo que las vuelva a conjugar en nuestra Patria.

Honores de mármol pide de la gratitud municipal el viejo iluminado que intentó con su muerte defender

a la ciudad de las huestes del pirata. Es el mayor de los optimates que ilustran los anales de Caracas. ¡Y bien que lucirían, a la mera entrada de la urbe, corcel y caballero como binomio de dignidad y valentía! Mas, sobre el mérito de esta consagración definitiva en la vida del pueblo, el caballo de Ledesma pide con urgencia caballeros que lo monten. Pide nuevas manos que guíen las bridas baldías. Pide hombres de fe en los valores del espíritu a quienes conducir, luciendo sus mejores caballerías, hacia los senderos por donde pueda regresar Bolívar vivo. ¡Bolívar vivo, portador en la diestra de antorcha con que se despabilen nuestro sueño y nuestra inercia!...

Caracas, Febrero-Noviembre de 1942.

ACERCA DE LA JERARQUIA

Mi distinguida y buena amiga: Buena que la hizo nuestro amigo con tomar el atajo de la demagogia para mal interpretar mis palabras. Acórrame el Señor de que llegue yo a pensar según las ideas de que se me hace partícipe; en cambio, por nada temo que tan ligero juicio pueda perjudicarme cerca de quienes saben leer y escribir.

Y lo peor es que él ignora las veces que he tajado mi modesta pluma en defensa de la jerarquía. Y la defiendo desde mi claro y preciso puesto de demócrata de nación, no de oportunidad y conveniencia. Sin que esto aluda a que él pueda pertenecer a ese inmenso grupo de políticos que gastan ideas de lujo para el consumo público, pero que, a la hora de la verdad y de la acción, recurren a los principios que celosamente guardan como más avenidos con el rumbo de sus intereses personales.

Nuestro amigo no ha advertido que por jerarquía yo entiendo orden actual en la lógica selección social. Orden de ahora. No orden que venga de atrás. El imagina que, por no ser yo un descamisado, proclamo y defiendo como jerarquía la permanencia de los valores sociales abultados en los cuadros del tiempo. Los árboles genealógicos y la herencia de capital en función de contorno de los hombres en la cinemática social.

Son conceptos diametralmente opuestos. El uno representa lo viejo, lo caduco de la historia. El otro es lo ágil, el ascenso, la vida de la historia. La pura lógica del proceso selectivo que crea la sociedad. Nuestro amigo está acostumbrado a la jerga de nuestros viejos métodos de distinguir a los hombres. Para nuestro amigo existen las *buenas familias* y no las *buenas personas*. Existe el hijo de don Pánfilo, como una continuación paterna y no como un nuevo valor social que precisa sopesar individualmente. No niego yo que haya familias donde se cultiven las virtudes con más ahinco y fruto que en algunas otras. Hay familias de hombres piadosos, como las hay de asesinos y contrabandistas. Desde este punto de vista hay familias mejores y peores. Pero nuestro viejo concepto de *buena familia* no mira regularmente el contenido educativo de la tradición familiar, sino el prestigio aparente de un apellido. La tradición familiar ha de existir. Es la propia historia de los pueblos y bien debieran pensar todos los hombres en mejorarla y superarla. Ir a más de lo que fué el padre, es esfuerzo que en pequeño debiéramos hacer todos. Es la particularización del propósito general que debe animar a los pueblos por mejorar. Es la propia marcha de la cultura.

En cambio, el concepto que aflora menudamente es el contrario. Se procede con la conciencia firme de que por nosotros ya capitalizaron los mayores. Y de ahí el fantasma de las *buenas familias,* cuyos miembros actuales no necesitan hacer nada porque poseen un apellido. Y éste camina solo. Es el fantasma de los ociosos y degenerados herederos de los ricos de ayer que, sin aportar ningún esfuerzo para su personal pu-

limento, pretenden ser punteros en el movimiento social. Esto no es jerarquía, y de serlo, sería una jerarquía antidemocrática. Una jerarquía de la mentira permanente.

Nuestra jerarquía es otra. Donde hay un orden, éste debe exhibirse por medio de la más lógica de las fórmulas. Imagine el galimatías que se formaría en la mente de un niño a quien el maestro empezara a enseñar la numeración según el siguiente proceso: 17, 2, 24, 73, 9. El niño que tropiece de buenas a primeras con semejante serie de valores, posiblemente aprenda a pescar gordas truchas pero no llegará a saber que sea aritmética. Ahí ha faltado la jerarquía de los números y del concepto del valor. Esta es la jerarquía que debe trasportarse a nuestro orden social. Esta jerarquía debe establecerse en la seriación de los hombres. Es la propia progresión de los méritos, la estimativa del esfuerzo y de la capacidad personal.

Nuestra jerarquía, fundamento del orden democrático, mira la hora presente. Mira el valor redituante del sujeto social. La democracia no es el asalto. La democracia no es lo que hasta ahora entendieron muchos capataces políticos: la posibilidad abierta para el "vivo". Nuestro orden social fué en mucho mirado como carrera de hombres audaces y afortunados. No se vió el significado de las categorías formadas por el natural proceso de la cultura. Se buscó al hombre en función orgánica. En función de guapo, de simpático o de rico. No en función de lo que pudiera servir a la propia sociedad. En nuestra selección política se invirtió la sistemática de valorar las bestias. Estas tienen tanto

más valor cuanto menores sean sus mañas. Los políticos se han apreciado en función contraria. Y no es mero juego de palabras. No ha dado muchas vueltas la tierra desde que lo oí decir para explicar la posición elevada de un político: "Tiene muchas mañas". Váyase al diablo la capacidad, ríase usted de las condiciones que ameritan a un individuo. Eso no pesa en el orden de la selección. Pesa la 'maña", la audacia, la simpatía, el golpe de suerte.

Contra esa falsa técnica de selección, va la jerarquía de los individuos en cuanto valen por sí mismos, cosa que empieza a hacerse sentir en nuestro país. ¿Considera usted la tragedia que implica un desacomodo en que el inferior jerárquico se ríe de la incapacidad del dirigente? Y no es pedir leche a las cabrillas intentar que ese orden lógico, que esa jerarquía vertebral se establezca en todo el ancho campo de las actividades sociales. Mire usted cómo en Venezuela sólo han existido tres fuerzas de peso. El Ejército, la Iglecia y el Capital. El Ejército, en que todo expresa jerarquía. La Iglesia, cuya constitución y disciplina interna son el mayor testimonio de lo que vale la organización. El Capital que, por gravedad y cohesión natural, representa el más compacto frente de valores. Fuera de eso, en Venezuela no hay jerarquías ni cohesión de masas. El individualismo disolvente ha corroído toda fuerza de superación y de defensa. Todo está a la buena de Dios. Todo se rige por la ley del asalto y del postizo mérito. Para general no sirve un teniente. El soldado ha llegado a serlo, pero ha tenido que subir peldaño a peldaño. Sus hombros han saludado todas las estrellas hasta llegar al codiciado sol. Se dolía en

época de ascensos un mi amigo militar de que a él, sobrado de años en su grado, no se le hubiera ascendido a la par de otros compañeros. Y yo, para consolarle, no tuve mejor frase que esta: "Pero en cambio no has sufrido la derrota moral de ver que un teniente haya sido ascendido de golpe a coronel". En el orden diario de la estimativa civil nos tropezamos, en cambio, con esos tenientitos improvisados de comandantes. Y vemos de diario doctores bien graduados que reciben normas de conducta de bachilleres aplazados.

Esto parece que lo olvidara nuestro amigo cuando la dió por censurar mi insistencia acerca de la necesidad de que vayamos a la creación de una conciencia de jerarquía como prenda de estímulo en la vida democrática. Jerarquía que encauce la fuerza multitudinaria y valle las explosiones que ocasiona la injusticia. Jerarquía que exhiba el valor de los hombres en sus justas proporciones y promueva, en consecuencia, mayor fe y más ancha confianza en el trabajo social.

La juventud hecha a oir dentro de los muros universitarios prédicas en que se le prometen realizaciones fundamentadas en el esfuerzo y la cultura y que, vueltos los ojos al campo de la vida práctica, encuentra un orden en que existe una escala de valores que quebranta el mérito del esfuerzo personal, tiene, por fuerza, que sufrir un trauma en la conciencia. La alegría se le trueca en desconfianza y disimulo. La honradez se le vuelve mala fe. Y, conforme a una técnica natural de vida, se va a la línea del menor esfuerzo. Pasa a la categoría de los irresponsables.

Y si usted quisiera ejemplos con que convencer a nuestro amigo, yo le sugiero el de Páez lavando los pies a Manuelote. Manuelote no ha muerto. Manuelote, en nuestro desacomodo venezolano, sigue humillando a quienes guardan el propio poder de mejorar el orden social. A quienes, como Páez, pueden hacer repúblicas. Manuelote es la vulgaridad, confundida con lo democrático, que se ha creído capaz de dirigir la sociedad. Manuelote, aun vestido a la moderna, es la cabal expresión de la carencia de jerarquía. En un orden más lógico, él debiera lavar los pies a Páez, mientras llega la hora en que cada quien lave los suyos propios. Pero así y todo, mi querida amiga, habrá uno a quien toque el pasajero privilegio de hacerlo de primero. La jerarquía es para fijar, por medio de una disciplina de valores, quién sea el primero en usar el lavatorio.

Para lo que si está dado y permitido romper la mecánica del orden, es para ir de puntero al sacrificio por la sociedad. Lo heroico en este caso es la excepción. Y que lo diga nuestro viejo Ledesma, cuando animado del deseo de dar ejemplo permanente, salió sobre el sarmentoso caballo de las victorias definitivas, con la risa en "la cara angulosa y cetrina", jugando como "un rayo de sol en una ruina", según lo canta el inolvidable Enrique Soublette.

Y muy de desearse sería que usted cumpliera la promesa de regresar en breve a la capital, donde yo, como siempre, espero la oportunidad de servirla y admirarla.

LAS VIRTUDES DEL OLVIDO

Muy señora mía y bondadosa amiga: Culpa usted a su amiga por el olvido en que cayó cuando estuvo recientemente en la capital. A mí particularmente me hubiera sido sobrado grata la historia que usted, recelando del imprevisto camino que suelen tomar los papeles, prefirió encomendarle a la viva voz. Pero si lamento la desmemoria de nuestra amiga, no estoy del todo con usted cuando se queja, en forma casi absoluta, de que sea la facultad de olvidar fatalmente perjudicial a la vida de sociedad.

Tiene y no tiene usted razón en su juicio. Los pueblos debieran tomar mejores lecciones del pasado, pero acaso sin olvidar no se haría posible el convivio humano. Venga la historia y con la severidad de sus juicios mantenga el ejemplo de las grandes acciones y la permanente condena de los delitos. Pero el olvido de lo cuotidiano es como la propia expresión de la tolerancia social. Imagine usted si hubiera fresca memoria para todas las faltas, para todas las rencillas, para todas las caídas, para todas las pequeñas infidencias que los hombres se cometen mutuamente. En este caso el olvido es la expresión de un sentimiento y de una actitud superior de la vida. El olvido es la piedad del tiempo. Sin él la existencia se haría insoportable.

Pero esto no quiere decir que ese olvido prudente sea razón para que algunos concluyan por olvidarse de sí propios. No es justo este otro extremo. Yo hablo del olvido como de una manera de mutuo perdón que se conceden los hombres; en cambio, no creo aceptable que muchos, afincándose en esta propensión misericordiosa de la sociedad, lleguen a posiciones absurdas en su propio modo de juzgar las cosas. Ni tampoco entiendo que la vindicta pública haya de olvidar lo inolvidable.

Se ha dicho que los pueblos tienen mala memoria para el bien y para el mal. Ello es cierto. El juicio sobre los hombres públicos en general es un proceso de mala memoria. Recuerde usted lo que se dijo en Venezuela de José Tadeo Monagas el año de 1858 y piense en la forma apoteótica cómo el 69 lo recibió la capital. Y sin ir tan lejos. Recuerde lo que fué Caracas contra Gómez en 1928 y la forma cómo luego celebró, de la más espontánea manera, la farsa aclamacionista del 31. Parece que flaquearan todos los resortes del recuerdo ante lo instintivo y orgánico de los hechos de masa. Son problemas difíciles de psicosociología social que no hemos de intentar en estas líneas.

No entro yo, para destruir su tesis absolutista, a aconsejar un olvido permanente. Sin memoria no hay justicia y yo amo la justicia. Miro desde un punto de vista frío la función del olvido como elemento de paz social. Como un gran paraguas de apaciguamiento. En nuestra casa empezamos por olvidar las malas acciones de nuestros hijos y en la escuela el maestro no recuerda hoy la falta cometida ayer por los alumnos. La vigencia en el recuerdo de las malas acciones ajenas haría insoportable la vida. Pero este olvido no significa falta

de sanción oportuna, y menos de la sanción interior para nuestros propios yerros de ayer. Se hace difícil generalizar sobre esos problemas donde la moral social y la moral individual aparecen unidas en forma por demás estrecha. Es algo en extremo peligroso confundir la racional tolerancia que promueve la convivencia, con la impunidad del delito que ocasionó un desajuste social.

Yo estoy de acuerdo con usted en muchos casos de los que cita en su larga carta. Si a diario tengo el ejemplo en personas con quienes tropiezo en las esquinas de la ciudad. No imagina usted cómo hube de aconsejar calma a mi lengua cuando escuché hace varios días a un relacionado mío quien, para criticar el principio expropiatorio puesto en práctica por el Gobierno, hacía la más encendida defensa, con argumentos del mayor liberalismo cavernícola, de la intangibilidad del derecho de propiedad, y mientras él hablaba con sobra de argumentos de su escuela, mi memoria iba recordando cómo la fortuna que hoy le da consideración social había sido trasladada sin mayor ruido de las arcas públicas a su cuenta del Banco.

Para estos desmemoriados defensores del orden social, para estos honorables representantes de la buena sociedad y de los viejos principios, no debiera abrirse ninguna manera de manto piadoso. El olvido pasa de acto misericordioso a constituirse en cómplice de grandes delitos. En aliado franco del asalto social. Aquí sí estoy en un todo con usted. Precisa que se avive la memoria y se sancione a los que desviaron el propio curso de la moral social. Pero ¿no ha pensado usted

que en este caso el olvido no surge en función humana de un mero sentido de comprender la propia debilidad del hombre, sino de una asquerosa venta de nuestra misma conciencia? Se olvida al ladrón porque nos regala con el fruto de lo robado; se olvida al asesino porque conviene a nuestros intereses contar con el respeto bárbaro que infunde su presencia. No se trata de olvido. Se trata de culpable disimulo, se trata de desmentir la propia verdad. Este olvido no entra en ningún plan de convivencia. Y yo lo condeno con la misma energía con que usted lo hace. Y sobre este olvido, y es lo más triste, se afincan los pilares de las mejores reputaciones.

La otra fase del olvido que usted contempla es de mero tipo personal. Los hombres que se encumbran olvidan sus viejos nexos. Esto es natural. No lo extrañe usted. Esto es consecuencia del vértigo de la altura, que altera en muchos el puro sentido de la gravedad moral; y a veces no olvidan los que suben, son los que quedan abajo quienes se llenan de pensamientos tristes. Pero no la dé usted por buscar la raíz de esa tristeza. Son cuestiones de tipo personal que no caen en el radio de la generalización.

Usted teme el olvido como polvo que destruye los grandes valores de la sociedad. Tiene en parte razón, pero hay una justicia muda y perseverante que acaba por desañar las memorias llamadas a dar el buen ejemplo. Con poco polvo podrá usted matar el recuerdo de Julián Castro y de Angel Quintero, pero no hay suficiente polvo para destruir la memoria ejemplar de José María Vargas o de Cecilio Acosta. Otros brillaron más que ellos; en cambio, la parte simbólica de sus vidas se

erguirá con relieves permanentes en las páginas de la historia ejemplar. Y vamos a nuestro admirado Ledesma. A nadie le ha ocurrido la idea de desenterrar el nombre de los vecinos de Caracas que pudieron haber aprovechado la presencia del pirata para lucrar con ella de algún modo. Porque téngalo usted por cierto, ya entonces vivían personas, tan honorables y bien consideradas como las de hoy, que mercaban con los dolores de la Patria y con la miseria y el hambre de los indefensos. Piense que muchos vecinos debieron de acudir con buen bizcocho y abocados vinos para el cansancio y el hambre de los piratas y que era buen negocio entonces, como lo es hoy vender petróleo, proveer de casabe y de cecina las diez y seis velas enemigas llegadas a La Guaira. Y acaso en la noche, a la luz de la candela parpadeante, después de apagadas las llamas que arrasaron la ciudad, estuvieron estos antepasados nuestros contando las buenas monedas con que el inglés pagó su espíritu de lucro. Lo mismo que hoy, mi buena amiga. ¡Vaya que sí! Ahora se dificulta mucho sacar dinero al enemigo, pero, en cambio, se saca de quienes sufren hambre e indefensión social de que ellos son culpables. Es la misma estirpe subterránea de especuladores que de generación en generación cambian de nombre y de librea. Ayer lucraban con modestos peños, hoy gobiernan la bolsa. Ayer eran obscuros regatones, hoy son banqueros graves. Ayer traficaban con el enemigo, hoy nos arrancan para su medro la misma fe en la vida social.

Pero nuestro cuento no es con los de ahora. Decíamos que nadie recuerda las malas artes de los traidores que entregaron la ciudad y trataron con los hombres

de Amias Preston. No debió de faltar tampoco quienes alabaran, sobre el orden español, el "nuevo orden" que por entonces representaban los corsarios. Téngalo por cierto. Empero nuestro héroe, burlado por quienes le vieron salir como espantajo sobre el viejo y flaco caballo del triunfo permanente, se alza hoy sobre la montaña de polvo del olvido para darnos una clara lección de cumplimiento del deber.

Acaso en breve vea usted publicado el trabajo que me insinúa. Haré ganas para volver a meterme en achaques de crítica literaria y ello sólo por complacer la sugestión de usted.

Crea en el rendido homenaje de mi aprecio y en la necesidad que siento de hablar, aunque sea a distancia, con espíritu de la exquisita altitud del suyo. Dios la tenga en su santa guarda y a mí sea servido de darme fuerza y salud para cumplir sus órdenes.

URBANIDAD Y POLITICA

Mi muy bondadosa amiga: Hoy he hecho por usted el más grato recorrido caraqueño. Como en mis tiempos juveniles de hambre literaria, he revisado todas las librerías y aún los puestos de viejo para dar debido cumplimiento a su encargo. Algunos de los libros pedidos van por esta misma vía. Le remito la autobiografía de Zweig y el Tolstoy de Romain Rolland. De Thomas Mann va Carlota en Weimar, pero no los Buddenbrooks. Este maravilloso libro parece que no ha llegado a Caracas. No he podido ponerme en ninguna pista que me indique de qué amigo pudiera obtenerlo para usted. El que tuve en mi biblioteca lo dejé durante mis viajes en alguna parte, y no he podido reponerlo. Le van también el Goethe, de Ludwing, y el Cántico Espiritual, de San Juan de la Cruz. Las obras que me pide de los Maritain van todas y de esto me felicito, porque sé que usted holgará infinito con ellas. Mi librero me habla de un nuevo título de Raisa, pero no he dado con él. El Deán de Canterbury, como Misión en Moscú, es libro que necesita muchas notas. Tiene grandes verdades, pero con ellas generalizaciones por demás peligrosas. Léalo con más tiento del que usted suele poner en sus cosas. Ya le enviaré unas notas que amigo de ponderado juicio está escribiendo sobre el ya famoso libro del discutido Deán. "Las Confidencias de

Psiquis", de Díaz Rodríguez, me las prometió un vendedor de lance para la semana venidera, con la colección de Pérez Bonalde y el Juan Vicente de Picón Salas.

Por esta parte, creo haber quedado bien con usted. En cambio, no me ha sido posible poner la mano en un ejemplar de la Urbanidad de Carreño. Es un libro que no ha vuelto a imprimirse; mas, como veo por su carta que le urge para explicarla a sus sobrinos, le envío la traducción bogotana del *D'ont* que conservo entre mis libros de muchacho y que bien suple a nuestro ponderado autor. Y no imagina cuánto he agradecido a usted la oportunidad de esta fracasada búsqueda. Ella me ha revelado que ni en las librerías se halla nuestra vieja Urbanidad. ¡Nos falta Urbanidad, señora mía!

Cuentan, y creo que yo lo he repetido en alguna parte, que, comentando Juan Vicente González los acontecimientos del 24 de enero de 1848, declaró que eso de matarse pueblo y representantes era una notoria falta de educación, que procuraría remediar desde "El Salvador del Mundo". Y dejando la política activa, se dió a la tarea de enseñar a la juventud. Acaso no la educó en las buenas maneras, por cuanto nuestro gran polígrafo era en demasía desordenado. Y la falla notada por González continúa, por desgracia, vigente. Entre los problemas fundamentales de nuestro pueblo, y a la par del paludismo y de la anquilostomiasis, debemos hacer figurar la carencia de urbanidad. Los buenos modales y la galantería forman parte, como el uso de la sal, de la propia condición humana.

Se ha entendido, porque así parece pregonarlo la afectada pedantería de algunos tontos, que urbanidad sea la cursilería de los saludadores y los remilgos y

gestos afectados de algunos señoritos y viejos "bien". Mientras de otra parte se pregona que la hombradía consiste en "escupir por el colmillo" y hablar y proceder como hombres guapos y despreocupados. En ser "vivos". El jugar vara y tirar cabeza. Con sujetos de esta tónica se podrá ir bien acompañado a un zafarrancho, pero no se llegará a hacer una república.

Este problema, considerado al bulto, parece de una suprema tontería. Pero por ahí ha de empezar nuestra propia educación cívica. Imagine usted la capacidad para ejercicios políticos de un ciudadano que al ir a tomar un bus atropella a una señora. Ese compatriota con toda seguridad al llegar a Jefe Civil mandará a la cárcel a los periodistas del lugar. Tenga usted la certeza de que el hombre que aprendió a no escarbarse en público los dientes, difícilmente hará un papel malo como funcionario. En cambio, qué de cosas se llevará por delante, inclusive los mismos fondos públicos, quien no haya aprendido a hacer cola en las taquillas. Eso entiendo por cultura social y con ello la diversidad de detalles que hacen que un hombre sea tenido por educado. ¡Qué horror da ir a los Liceos y a las escuelas donde se educa nuestra juventud! Aprenderán allí nuestros muchachos Latin y muy buena Química, pero no llegarán a ser caballeros. Y el pueblo está urgido, no de latines y menjurjes sino de una amplia caballerosidad. Saldrán doctores de las universidades; mas, como carecen de buenos modales, irán al atropello del pueblo. El uno, como abogado, no advertirá que tomar parte en la adulteración de testamentos o servir de firmón en las lonjas jurídicas, es algo de pésimo gusto. El otro, de médico, olvidará que es de muy mala edu-

cación dejar que el enfermo a quien se asiste agonice sin auxilios, mientras él se divierte en el club o toma baños de sol en la vecina playa. Quién será Ministro, y como no tiene modales, recibe con gruesas palabras al público, que está obligado a bien servir, si ya no lo ha hecho esperar en balde en la antesala por numerosos días. El hombre que tuvo urbanidad desde el principio, aprenderá a respetar la dignidad de sus semejantes. Aprenderá a ver hombres en las demás criaturas humanas. Y después de estas consideraciones, no me negará usted que suficientes motivos tienen quienes, no habiendo hecho de jóvenes sino alardear de tiradores de cabeza, arremeten a palos, en un día de elecciones, contra los testigos contrarios y se llevan a mejor sitio la urna electoral.

El hombre es animal social. El hombre está hecho para la vida social. ¿Y cómo hará esta vida sin modales y sin reglas de conducta? ¿Sabrá comportarse dignamente ante la gran masa quien no supo hacerlo ante el pequeño conjunto donde empieza a ejercitar sus actividades? ¿Qué puede esperarse de un Congreso a donde vayan mañana universitarios atiborrados de ciencia de afuera y que ayer no más, para impedir a sus contrarios la libre expresión de las ideas, se tiraron las sillas a la cabeza? ¿Qué actitud social tomarán estudiantes que descalifican a los propios compañeros que saludan respetuosamente a los profesores?

La política es la suma de los hábitos sociales. Un pueblo no será políticamente culto si sus componentes no lo son como individuos. Y como nosotros solemos tomar las cosas por las hojas contrarias, hemos dado en la flor de pregonar que para ser demócratas debemos

comportarnos como arrieros y que es buena prueba de camaradería social cambiar insultos con el primer patán que nos tropiece en la calle. No nos ocurre pensar que sea obligación de quienes poseen mejores cualidades trasmitirlas a los que carecen de ellas. Y por ese lamentable proceso antilógico miramos hoy en nuestra Caracas algo digno de señalarse. No se han abajado nuestras clases dirigentes hasta la educación de las clases llamadas bajas en razón de su pobreza y su incultura, pero éstas se han vengado a la chitacallando. Se han valido de la quinta columna de las cocineras y han plebeyizado los modales de la que, en viejo "argot" social, se llamó "buena sociedad". Y hoy no encuentra usted mayor diferencia entre las personas llamadas a ser cultas y las obligadas, por indefensión social, a no serlo. Se ha hecho una democratización al revés. Se ha descabezado la urbanidad. Y por ello he andado las calles de la capital en vana búsqueda de un libro de Carreño. Claro, no se reimprime porque no se usa. Hay crisis de caballerosidad. Hay crisis de virtudes. Y las virtudes políticas son prolongación de esas modestísimas virtudes que crecen al amor del hogar, sobre el limpio mantel, en torno al cual se congrega la familia. El muchacho a quien se enseña a bien tomar el cuchillo y el tenedor para despresar las aves, sabrá mañana ceñir la espada para defender la república y tener en equilibrio la balanza que mide la justicia.

Vaya usted a interpretar el subconsciente de los hombres y encontrará que el propio Ledesma obró como hombre de buena urbanidad. No era posible que, anunciado el arribo de extraños huéspedes, los moradores de la capital fueran a esconderse todos en sus

viviendas rurales. Era necesario salir al encuentro de los visitantes. Y para ello estaban los más educados. Los que mejor sabían manejar lanza y adarga. Y nuestro héroe se adelantó el primero porque a él, en buena ley de urbanidad, tocaba, como a mayor en años, preceder a los patriotas que iban a probar cómo se defiende el suelo y la dignidad de la nación.

Mire usted cómo en nuestro Ledesma se encierran tántos símbolos. Cómo nos sirve hasta de tema para promover en los jóvenes el cultivo de las buenas maneras, garantía cierta de hábitos de república. Claro que los de abajo y los de arriba olvidan estas bagatelas de urbanidad, sin pensar, como lo apunta Carlyle, que "no es fácil de gobernar un pueblo que usa poco jabón y no habla siempre de verdad".

Espero que al leer o releer lo que le tengo enviado, me haga el regalo de algunos deleitosos comentarios. Y tal vez con ellos pueda nuevamente decirme algo de esa historia que usted cree que nunca acabe. Piense que lo inesperado sucede a veces.

Andan flacas las saludes, y toca a usted pedir a Dios porque sea servido de darnos mejores tiempos. Sobrado será decirle que no hay para mí mayor deleite que servirla.

LA AGONIA DEL HEROE

Mi querido don Walter Dupouy: Yo tengo una vieja deuda con usted. He debido escribirle apenas leído su sabroso relato de la vida de nuestro viejo Ledesma. Pero el tiempo interpuso trabajos obligantes que me hicieron postergar hasta hoy, día de difuntos, el cumplimiento de este grato deber. Y acaso la fecha, por contraste, me puso en el recuerdo de quien murió para vivir. Porque en verdad la vida de nuestro héroe comienza cuando se adelantó al encuentro de Amias Preston.

Tiene usted aciertos al revivir lo que debió haber sido la vida material de Alonso Andrea de Ledesma. Desde la villa nativa usted empieza a imaginar el curso de la mortal existencia del conquistador. Y lo pone a andar a través de las hazañas portentosas de la conquista y en la obra creadora de la Colonia. Tuvo Ledesma el grandor común de los conquistadores del Siglo XVI. El conquistador es un arquetipo. Expresa la angustia de un pueblo que se echó a dominar el mundo. Mezcla de cruzado y de argonauta en que se resume la fiera piedad del español. El anhelo de crecer y dominar que fué parte de la psiquis ibérica. Para dar vida a nuestro héroe, usted no ha hecho sino pintar la azañosa inquietud de su tipo. Relatar el proceso donde se diluye, en la comunidad de la acción dominadora, el

hecho personal de nuestro héroe glorioso. Hacerlo como polo de un movimiento común.

No se idividua por nada en nuestra historia la figura de Ledesma vivo. Durante su larga existencia no le tocó ser cabo de empresas significadas. Estuvo de segundo en las grandes jornadas descubridoras y apenas se le nombra en la lista de fundadores de las ciudades cuyos muros ayudó a fabricar: El Tocuyo, Trujillo, Caracas. No tuvo la prestancia de Rodríguez Suárez, de García de Paredes, de Gutierre de la Peña, de Juan de Villegas, de Alonso Díaz de Moreno, de Alonso Pacheco, de Garci González de Silva. Opaca entre el claror de la hazaña colectiva, la figura de nuestro gran Capitán aparece apenas muerto. Es una figura que vive de la muerte. Vive, como su pueblo, de una agonía. Yo me atrevería, si no estuviera tan bien presentado su trabajo evocador, a decir que es algo sobrancero. Como el cuerpo que hoy quisiera dársele al busto clásico de Homero. Me atrevería a decir que nuestro Ledesma, como símbolo magnífico, no necesita el recuento forzado de sus hazañas de vivo.

Ledesma ilumina nuestra historia desde su yacencia de cadáver. Sobre los hombros de los corsarios y entre clarines y tambores a la sordina, regresó a Caracas, a su Caracas, el héroe inmortal. Había asombrado con su arrojo al propio enemigo. Y el enemigo no podía, como buen inglés, dejar de honrar el valor temerario del anciano. Nada vale lo que hubiera podido hacer Ledesma en el conjunto anónimo de los forjadores de la nueva nacionalidad. Su obra es su agonía. Su obra no fué para derrotar al corsario de entonces,

sino para vencer al corsario que ha amenazado siempre a la República. Al corsario de la indiferencia, del fraude y de la simulación que se escurre entre hombres sin valor para abrazar la verdad.

Ledesma no es un hombre que haya de mirarse en la fábrica de la ciudad material. Ledesma es el obrero de la ciudad ideal. De la ciudad que hacen los símbolos. De la ciudad que aún se empeñan en contornear los héroes que ayer sacrificaron su vida por darnos independencia y dignidad. Bolívar, Urdaneta y Vargas están aún fraguando los muros de la República. No están ellos muertos como lo entienden los cultivadores de cementerios históricos. Son existencias permanentes. Y Ledesma los compendia a todos. Es el hombre que vivió al morir. El hombre que ganó en un minuto de heroicidad la permanencia de la gloria ejemplar.

Su lección es su agonía. De él poco aprendemos cuando estuvo vivo. Mejores lecciones nos dan sus compañeros de armas. Para constancia en la aventura, está Rodríguez Suárez; para la terquedad en la lucha, está Bravo de Molina; para las grandes jornadas, está Francisco Ruiz. Losada tiene la fortuna de fundar a Caracas. Y Fernández de Serpa nos deslumbra con la organización de sus milicias. Ledesma es opaco, así como Ramón Barriga, Pedro Serrato y Gonzalo Clavijo, fundadores, a la par de él, de nuestra mariana capital. En cambio, Ledesma se empina y crece para iluminar la historia, cuando vence su angustia natural de hombre y sale resuelto a ganarse su día sin ocaso de honra. Ledesma es el hombre vencedor de sí mismo. El héroe

que domina los reclamos materiales para erguirse por ejemplo de generaciones. Por eso usted mismo al rotular el relato de la existencia de nuestro glorioso iluminado, no lo llama vida sino hazaña. Ha podido llamarlo con mayor propiedad agonía o muerte de un héroe. Porque la vida de Ledesma es su muerte. Al morir, salvó su alma para la inmortalidad viva de la historia. No hubiera salido, tomado del espíritu del Quijote, al sacrificio estupendo, y las páginas de la historia lo mencionarían como número apenas entre los valientes capitanes que conquistaron la tierra y empezaron la forja de la Patria nueva.

No desdigo su hermoso esfuerzo literario. Rinde usted con él nueva pleitesía a quien está llamado a dar ancho ejemplo a las generaciones por venir. Ese ejemplo tónico de que tan necesitados estamos para realizar una obra edificante en nuestro medio social. El ejemplo de la audacia imprudente. Porque no lo negará usted, biógrafo cabal de nuestro insigne prócer, que hubo más de un adarme de locura en ponerse solo, cuando ya los años eran por demás crecidos, frente a los fieros piratas. Locura magnífica que ilustra toda la existencia de Alonso Quijano el Bueno y que dió fuerza permanente a la vida gloriosa de Bolívar. Locura que movió los ánimos el 19 de Abril y que avivó las voces del 5 de Julio. Locura cuerda de que están necesitados los tímidos calculadores que esconden la verdad y apagan las candelas que pudieran señalar los caminos por donde se va hasta los sótanos de los nuevos piratas.

Le felicito por lo bien hilvanado de su trabajo, lleno de deleitosas evocaciones de la época bárbara en que se gestó nuestra Patria y por el acierto como dió forma a la vida de Ledesma. Usted ha vestido ricas libreas al caballero; yo, humildemente, me he dado al oficio de cuidar por su caballo.

NO TEMER LA LIBERTAD

Mi muy distinguida y generosa amiga: Viene la gratísima carta de usted en momentos en que arreglo mis originales para una segunda edición de "El Caballo de Ledesma". Ha sido afortunado este librín y como yo, cuando lo juzgo conveniente, creo en agüeros, tengo por cierto que ha sido la mirada de usted sobre el noble caballo del glorioso conquistador, quien ha dado suerte a mi propósito. Usted lo miró, más que para animar su carrera, para prevenirme al peligro de que se me pudiera tomar por mentecato al recomendar a los jóvenes de mi Patria la necesidad de volver la pierna al corcel baquiano de las vías fecundas donde acaso se deje la vida sin lograr la vecina recompensa. Pero usted tomó cariño a mi propósito y hemos discutido, que es la mejor manera de conocerse las personas, sobre todo lo que contiene el simbolismo de Ledesma. Y usted, vuelta de la sospecha en que cayera al primer momento, me ha ayudado después en el cuido del manso animal, que ahora hace su segunda salida a nuestros campos, llenos de molinos de viento y de hábiles yangüeses.

Recuerdo cómo desde el principio porfiaba a convencerla de que nuestro caballo tendría jinetes. Sabe usted que no soy pesimista y que, si reconozco y denuncio nuestra inmensa deuda social y nuestras grandes

fallas de pueblo, cierto estoy también de la presencia animadora de numerosos espíritus que claman por caminos de verdad. Poco creo en los viejos, confío poco en mi generación, pero tengo fe en los conceptos que están tomando cuerpo en nuestro pueblo, capaces muchos de ellos para que se desañen los mismos ancianos. Mire usted cómo se cambia hasta el propio tono de la política gubernamental. Examine las ideas que se han puesto a rodar sobre el azaroso tapete de la discusión pública. Yo tengo fe en que algo bueno puede pasar en nuestro pueblo. Se han llamado ideas nuevas. Se han lanzado *slogans* capaces de fecundar las conciencias timoratas. Del símil ha hecho uso alguien antes que yo, pero viene al propio el repetirlo. Los antiguos magos tenían poder para invocar los espíritus, pero no para hacerlos callar. Estos hablaban aún contra la voluntad mágica. Y las ideas son espíritus que hablan más de lo previsto por los magos que las invocan. Las ideas, una vez echadas a rodar, hacen la bola de nieve. Crecen, crecen, crecen. Y nosotros estamos frente a ideas nuevas. Los viejos espíritus han sido conjurados. Y Ledesma tiene derecho a hablar en esta cita y hablará siempre, sin temor a los piratas, porque él es ya un espíritu que ninguna fuerza puede acallar. Porque él tiene el poder de matar a la misma muerte. Y usted se empeñaba al principio en dejar encerrado en los odres del tiempo el espíritu de nuestro maravilloso iluminado.

Y yendo al grano de su hermosa carta, escrita con esa curiosidad tan reposada que distingue su feminísimo espíritu, he de decir que me aborda usted problema de la más complicada sencillez. Sabe usted, tan

bien como yo, que soy católico de convicción, que no soy hijo de la Iglesia por figurar en el censo de mi parroquia nativa, sino por una adhesión de convencido. Por ello no puedo ser comunista, ni marxista. La dialéctica materialista que forma el tuétano de la doctrina comunista no se compadece con la esencia espiritualista del cristianismo. Son líneas perfectamente opuestas. Yo no necesito frente al comunismo decir que soy anti-comunista. Me basta y sobra con decir que soy cristiano. Frente a una afirmación otra afirmación de signo contrario. Pero mi cristianismo es un cristianismo que busca en la Iglesia, no su alero acogedor, sino el Tabernáculo de adentro. Es un cristianismo de Sacramentos. No un cristianismo de sombra y campanario.

Cuando recientemente estuve en mi ciudad natal, visité con alborozo infinito la modestísima iglesia de San Jacinto, que frecuenté de niño. Fuí en busca del barroco de su altar colonial y me encontré con algo que antes no había entendido. Su fachada. Coresponde ésta, en su aspecto más simple, al viejo estilo español de la reconquista. La iglesia-fortaleza. La iglesia con arreos de coronela, que podía servir tanto para el culto como para guarecer una compañía de soldados. Y eso que en la humilde iglesia del primoroso burgo trujillano subsiste como recuerdo de una época superada de cultura cristiana, vive en la conciencia de muchos hombres que se dicen cristianos. Miran la Iglesia como una fortaleza de calicanto. No como torre de místico marfil, ni como áurea casa de deliquios, sino como lugar murado que pueda defender sus intereses materiales. Y tras la Iglesia se ponen muchos anticomunistas, que no son cristia-

nos, con el solo propósito de defender el viejo orden de explotación capitalista, en cuya liquidación coinciden, variando los métodos, la propia doctrina cristiana y la intención del comunismo. Dirá usted que sea largo e inútil el circunloquio en torno a la iglesia de mi pueblo, pero yo lo veo por demás necesario para fijar puntos de referencia que aclaren mi respuesta.

Se teme el comunismo desde posiciones aún contradictorias. No es enemigo de una sola faz. Tiene las faces de quienes se consideran por él perjudicados. Para nosotros los cristianos representa una filosofía que mira el problema teleológico de la vida de distinta manera a la que nos ilumina la fe. Es problema de raíz y conceptos fundamentales. Es problema de soluciones últimas. No se es marxista y cristiano a la vez, así se admitan muchos argumentos y fórmulas del marxismo por su contenido positivo en la solución del fenómeno social e histórico. El comunismo, desde este punto de vista filosófico, es una doctrina para ser discutida en la prensa, en la universidad y en el libro. Pero, a más de esto, el comunismo es un sistema político. El comunismo representa una teoría del Estado fundamentada en el hecho económico. El comunismo propugna cambios externos que van de lleno a la destrucción de los viejos sistemas de explotar el trabajo de los hombres y de gozar los bienes de la naturaleza. Al anticomunista sistemático le espanta principalmente este aspecto real del comunismo, mucho más que sus propios medios y teoría, por cuanto sabe que la prédica de la revolución la hace fecunda la comprensión negativa del hecho social. Y el hecho social existente, y que él practica, es una negación de la justicia. Si hubiera so-

bre el campo de la sociedad una siembra de realidades, nada vendrían a mejorar las promesas de la revolución. Si hubiera una realidad cristiana, nada tendría que ofrecer el comunismo. Su programa carecería de intención y finalidad práctica. La revolución la predica el comunismo, pero la hace el capitalismo. El odio no surge de la sola agitación de los líderes. El odio lo engendra la injusticia reinante en el medio social. Los hombres, pongamos por caso, que viven bajo los puentes de la ciudad, y que para vengar su indefensión económica odian a los que pasan sobre ellos derrochando fortunas, no han sido llevados a ese extremo por la táctica de los agitadores, sino por el error y la injusticia de las clases que detentan los intrumentos de producción.

Asentados estos hechos, podemos concluir en que ningún peligro representaría la libre propaganda comunista, si ésta no hallase el hecho negativo que la hace fecunda. Desde nuestra posición cristiana nada hemos de temer de una doctrina que en su aspecto teórico hallará la clara y firme contradicción de los cristianos. No piensan así los que están obligados a realizaciones positivas que implican renuncia de privilegios. Ellos se niegan a que sea libremente propagado el comunismo, no porque éste vaya contra las esencias del espiritualismo cristiano, sino por el deseo de mantenerse en el tranquilo goce de las ventajas que han venido disfrutando al amparo del viejo orden, que aquél ataca.

Para estos anti-comunistas interesados, la Iglesia tiene la fachada castrense del templo de San Jacinto. No miran la aguja gótica que señala como grito de angustia taladrante los caminos del cielo. Miran la po-

sibilidad de guarecer sus intereses bastardos tras consignas de espiritualidad y se hacen con ello a la lerda adhesión de las mismas masas sufridas e inocentes.

Por otra parte, la clandestinidad de la prédica comunista, así sea hoy tan luminosa como el pleno día, trae por resultado la falta de cuadros determinativos para la lucha doctrinaria de los partidos. Y queda a los interesados en la "comunización" de todo esfuerzo de justicia, el ancho camino de incluirla a usted, a mí y al propio párroco que predica la caridad, en las inacabables listas de camaradas. Se crea con ello una confusión que sirve eficazmente a los designios del propio comunismo, ya redituante del invalorable prestigio de ser fruta de cercado ajeno.

Y hay otra razón más que me mueve a pensar en lo conveniente que es para el desenvolvimiento de la idea democrática la supresión de las vallas legales puestas a la prédica del comunismo. Es una reserva a la libertad de expresión política. Da la impresión de que creyéramos en la posibilidad de que nuestra generación haya recibido un legado perpetuo de quienes dejaron resueltos para siempre todos los problemas políticos, olvidados de que cada época debe discutir los suyos propios. Es el precedente para una limitación de tipo contrario. Imagine usted que mañana llegue al poder un comunista que resuelva plantar en la Constitución la palabra cristianismo donde dice comunismo. Y ya tendremos perseguidas a hierro y fuego nuestras ideas. A usted tal vez no le parezca que ello sea posible, pero entra, en cambio, en el cálculo de probabilidades que es preciso tener presente para formar juicios generales. Y no olvide usted que si aquí hubiere algún día un

Presidente a quien le picase la tarántula del comunismo, hasta las casas de los más recalcitrantes corifeos teóricos del anti-comunismo, amanecerían pintadas al rojo vivo.

Las ideas no se matan con el silencio. Las ideas se destruyen cuando, bien expuestas, son sustituídas por ideas mejores. El callarlas las hace en cambio más fecundas. Persiga usted en nombre de la autoridad la más erradiza tesis política y verá cómo sus principios adquieren mayor proselitismo. De una parte, la curiosidad que levanta lo prohibido, de la otra, la simpatía que acompaña a las causas perseguidas de manera arbitraria. Porque, créalo usted, por más que se diga que en el hombre es indomable la fiera, hay en el fondo del espíritu humano una propensión natural a reaccionar contra la injusticia. Y todo lo que ataque la libertad del pensamiento es injusto. Pero lo lamentable y difícil de entender, mi excelente amiga, es la manera de juzgar en cada etapa y según las ideas de los favorecidos, el concepto de la libertad. Vea usted en nuestros mismos textos de historia religiosa cómo se juzga diversamente el Edicto de Milán y el Edicto de Nantes. Y a la hora presente, piense cómo los mismos que celebran las hogueras de la nueva inquisición española, se refocilan con la pretensa libertad que Stalin ha concedido a las Iglesias cristianas. Y aquí viene muy bien aquel su estribillo de que la gente gusta de mirar por el postigo que le es más cómodo abrir.

No debemos temer la libertad. Debemos temer a quienes se empeñan en destruirla. Pero no crea usted tampoco que yo considere libertad ese espantoso libertinaje que ha hecho tribuna de nuestra prensa. Ese ho-

rrible comercio de noticias que ha convertido en centros industriales a nuestros periódicos. Y ello es nada menos que legítima expresión del régimen capitalista en sus más imprevistas desviaciones teratológicas. Todo se explota. Se corrompe todo. Se lucra, no ya con la fuerza física del hombre, sino con su propia fuerza moral. Se le irrespeta hasta en sus fueros más sagrados. Se le envenena, no sólo en los obscuros socavones donde se extraen los minerales para las industrias de la muerte, sino a pleno día, haciéndole tomar como verdad los más amargos brebajes. Eso no es libertad. Y cuando alabo ésta no me dirá usted que elogio sus deformaciones. Tampoco alabo a los jueces venales cuando pondero la justicia.

No he olvidado su encargo de pedir a Pedro-Emilio Coll la página que usted desea. Ya él la prometió. Hubiera visto cómo rió el maestro cuando le leí la apreciación suya sobre "El Diente Roto". Y mire que hay gracia en decir, como admirablemente usted dice, que no habría labor más larga y difícil en nuestra Patria que la de remendar los dientes a nuestros grandes hombres. ¡Cómo debió de haber sido fuerte y entera la dentadura de nuestro viejo Ledesma!

Guárdela el Señor como bien lo deseo y lo claman sus méritos y deme a mí mejor salud y tiempo vaco para emplearlo en su servicio.

HACIA LA DISCORDIA INTERIOR

Mi querido Carlos Augusto León: ¡Con qué alborozo te he visto jinetear el pausero caballo de nuestro egregio Ledesma y salir a las abras de la literatura para pregonar la necesidad de que saldemos la vieja deuda de las generaciones! Comprenderás, también, que he quemado mi poquitín de vanidad al ver que para tal caballería tomaste de pretexto un tema de mi cuaderno sobre nuestro viejo prócer capitalino. Ha sido afortunada mi idea de despolvar el símbolo agónico de Alonso Andrea Ledesma y echar a andar en esta hora mañanera de la República el contenido heroico de tan maravillosa leyenda.

El viejo poblador no se resignó como los otros a guardar la vida y la hacienda del peligro del pirata. Arreado de sus pesadas armas, con menos orín y polvo, sin embargo, que nuestros espíritus conformistas de hoy, dejó el hogar apacible y ganó la vía pública para ir a topar, cara a cara y en lucha desigual, con las huestes del feroz invasor.

Y cara a cara, a plena luz, en los anchos caminos de la acción, debe ser nuestra contienda de hoy contra el enemigo común. Y ese enemigo, bien lo sabemos, no es otro sino la mentira con que hemos apeldañado nuestro ascenso cultural de pueblo. La mentira de una, de dos, de tres generaciones de formación precaria que

tomaron la rectoría de nuestra conciencia social. No se trata, como pudiera entenderse, de generaciones literarias. No se trata del problema del modernismo, ni de la razón del vanguardismo, ni del ámbito del surrealismo, menos aún de juzgar el valor y la presencia de la angustia en la literatura de algún novel cultor de la métrica, ni tampoco de calificar el significado de la emoción interna en la obra de los poetas de las más recientes promociones. Esto es literatura y, con frecuencia, de la más inútil, barata y pedantesca. Se trata de generaciones sociales. De procesos de cultura que arrancan del modesto voceador de periódicos para ir a parar en los señores de tozuda arrogancia y mientes hueras que se han apropiado la dirección de nuestro movimiento de pueblo. Se trata de cultura como afán permanente de realizarse la persona humana. No cultura de erudición. No cultura de corear latines, sino cultura de vencer las etapas inferiores del desarrollo social y sentir el afloramiento de la plenitud entitiva del hombre.

Y tú quieres ir a la lucha. Quieres que se abra una polémica en que, sobre la contradicción de los hombres, aparezca el propósito uniforme de ir a soluciones acertadas. De ir al encuentro de la mentira pirata. La mentira de la Escuela, la mentira del Liceo, la mentira de la Universidad, la mentira de la Academia, la mentira de la Política. Todos estamos conformes en la existencia de esas mentiras convencionales, con la misma certidumbre e indiferencia de quienes en un baile de máscaras elogian la belleza de los rostros de artificio bien sabidores de las caras que disimulan. Tú quieres que se abra una polémica heroica, que desnude tántos

falsos valores como llenan de hojarasca nuestro mundo cultural. Alabo y entiendo tu propósito. Que sea pronto la lucha. Que no guardemos descanso ni vigilia para darnos a esa dura tarea de romper la farsa que detiene nuestro progreso social. Hemos vivido de la complicidad del silencio y del mutualismo de la alabanza vana. Nuestra pseudo-cultura de adjetivos, donde el poeta antes de cosechar la primera palma ya ha escrito su propio panegírico; donde el periodista exalta con vocablos inflados la obra torcida del político o la exigua del escritor, sin medir la responsabilidad de la alabanza ni el peso del compromiso que adquiere al servir un astro falso a la admiración del público.

Pero ¿por dónde empezar esta obra de rectificación universal, esta obra general de volver al limo primitivo, para una nueva creación, tánto ídolo de barro? Para mí este proceso debiera comenzar por un acto propio e individual de quienes ocupamos sitios en los cuadros responsables. Debiera empezar por nosotros mismos. Por reducir el ámbito de nuestra acción a nuestras medidas posibilidades de éxito. Quizá me meta en terreno que tú tienes mejor trillado que yo. Nuestra deficiencia económica hace que no existan líneas justas y precisas en la distribución del trabajo y cada quien espiga aquí y allá, sin propósito perseverante de realizar una obra determinada que le dé fisonomía en los cuadros sociales. El alud que a causa de esa desarticulación original ha sido nuestro proceso de pueblo, mantiene el estado de impreparación y de inseguridad que permite pasar de pulpero a diplomático, de expendedor de sellos postales a técnico de economía, de chófer a perito en suelos y de insignificante bachi-

ller a rector y árbitro de pueblos. Esa falta de método, ese ir de aquí para allá, permite que a la vez se funja de autoridad en arqueología, en lingüística, en numismática, en crítica literaria, en etnología, en historia y en ciencias sociales, sin haber saludado en serio tales disciplinas. Y no me cuido en decir que por ahí veo pasos míos muy bien marcados, sin que los disculpe la razón de que otros lo hayan hecho peor aún. He visto regentar en nuestra Universidad caraqueña cátedras de derecho y medicina a pseudo - profesores que mejor lucieran tras de un banco de carpintería. Y de políticos no se diga. No se ha mirado a la posibilidad del rendimiento social, sino al azar de las circunstancias, a caprichos que no se explican sobre ninguna razón lógica. Somos un país donde las corazonadas juegan papel importante, acaso por nuestra vecindad a las culturas vegetales. No somos un país lógico sino un país mágico. Y ello aclara nuestro general desacomodo. Nuestra carencia de jerarquías culturales. Nuestra inmensa farsa social.

Pero no somos nosotros, los hombres de ahora, los culpables de este falso proceso de la cultura. La deuda viene de atrás. Es el saldo desfavorable dejado por generaciones que pasaron sin cuidar su cuenta con el futuro. Es la deuda de un pueblo que financió su cultura con papeles sin respaldo.

Estoy contigo en la idea de la polémica que determine el sitio de la verdad. Que desvista los valores postizos. Pero con esta labor de crítica externa, precisa una prédica intensa a favor de la polémica interior. De la polémica con nosotros mismos. De la discordia con nosotros mismos. Es necesario el examen dialéc-

tico de nuestra conciencia. Acaso se logre poco sobre lo ya existente; mas, podemos en cambio fundar bases para mejores promociones. Podemos preparar las generaciones que nos reemplazarán mañana. Y para eso hemos de fomentar en ellas un claro y recto sentido de responsabilidad moral.

Hemos hablado del hombre encuevado, del hombre a la defensiva, que sirve de obstáculo a la formación de nuestros cuadros sociales. Y en mi modesto observar he hallado sus raíces en la propia escuela primaria. Nuestros dirigentes de la educación han gastado poco magín en el problema interno de la escuela. O mejor, en el problema de la escuela interior. De la escuela del espíritu. Esa nadie la examina. El Inspector apenas apreciará la destreza exterior de los chicos que progresan en la mecánica de la enseñanza, con beneplácito y ascenso de los profesores. Pero el Inspector ignorará, porque no cuida ese problema de aspecto insignificante, que el maestro vigila la conducta de sus alumnos por medio del régimen de la delación entre ellos mismos. El maestro empieza así a dividir lo que debiera estar unido. El maestro destruye la solidaridad y la alegría de los niños y abre sentidos imprevistos de malicia al poner a unos frente a otros en la obra de espiarse para granjear con las simpatías del superior. ¿Ha abordado algún Inspector de escuelas este tremendo problema social? ¿Se ha pensado en el efecto corrosivo que esta inadvertida práctica escolar tiene en la formación moral de la república? Y junto a este complejo de desconfianza, de permanente sospecha, que crea en los niños la zozobra de sentirse espiados por los compañeros, el otro que es de mayor gravedad y de más profundo

efecto en la estructuración de la psiquis infantil: saber que se ganan simpatías revelando la conducto de los amigos.

Trasporta, con tus precisos instrumentos de ingeniero y de político y con tu fina intuición de artista, este pequeño teorema escolar a los anchos panoramas sociales y hallarás explicada en mucho la ausencia de confianza y de alegría que ha hecho turbio nuestro problema de pueblo. Allí, en la escuela, que debiera promover la alegría y la solidaridad, empiezan a encuevarse nuestros hombres y a mirar con áspero egoísmo y sobrada indiferencia los problemas colectivos. Y empiezan también a redituar sin retribuir lo que a la sociedad es debido en el orden de la fraternidad y de la cooperación.

Y lo anteriormente dicho sucede de diario en nuestra escuela. En nuestra escuela de la capital y del Interior. Y tenemos la génesis de la sospecha, del disimulo, del encono, de la delación en el propio sitio donde debiera educarse y formarse el alma de la juventud. Y allí mismo hallamos otra fuente fecunda de aminoramiento de la alegría y de la fe del niño: la estimativa del trabajo del alumnado. La calificación es el encuentro del joven con la justicia. El maestro debiera enterarse de que al dar una puntuación no sólo determina el grado masivo de adelanto, para que se sepa al bulto el trabajo de sus alumnos, sino que somete a prueba ante ellos mismos la eficacia de la verdad y de la justicia. Problema de salir del paso. Labor intrascendente que no mide la autoridad escolar, pero donde se define la conciencia de la juventud y se forman sus

primeros conceptos sociales. Antes que sabio, el alumno debe saber que es justo el maestro. Si no aprende lo suficiente en la escuela, le queda el ancho mundo para autoeducarse. Si de niño, en cambio, cree que la justicia es un concepto falso, será de grande un menospreciador de la justicia.

Y si del problema de la escuela saltamos al problema de la Universidad, veremos cómo persiste el proceso desorientador de la conciencia juvenil. ¿Qué fe puede engendrar en el espíritu del estudiante la presencia de profesores descalificados? ¿Qué ejemplo puede proporcionar un catedrático cuya actitud en la lucha social es la propia negación de los ideales de cultura que debe alimentar el alma universitaria? Seguirá allí la tragedia que viene de abajo: la insinceridad, la desconfianza y la falta de alegría social.

Hasta allá debe ir nuestra voz de alarma en esta crisis de conformismo en que nos tiene el creernos deudores de paga imposible. ¡Si podemos pagar! Libremos letras contra el dolor de nuestra experiencia, y esas letras de largo plazo las harán efectivas los jóvenes que nos sustituyan en el campo de la sociedad. Las harán efectivas con tanto más rédito cuanto mayor sea la sinceridad de nuestras voces. Nuestro deber es denunciar y corregir. Nuestro deber es señalar la experiencia de nuestra angustia y la verdad de nuestro vacío. La verdad de nuestra insuficiencia ductora. La verdad de las consignas vacías que recibimos para nuestro viaje con bitácora erradiza. Tengamos el orgullo de nuestra verdad. No hagamos la falsa humildad de los apóstoles que guiaron nuestros pasos. Tengamos,

como Ledesma, el orgullo de salir a la plena vía, con nuestras pobres y herrumbradas armas, a librar el combate por la verdad engendradora de la alegría de mañana.

Rumiando en la soledad su pienso inmortal, el caballo de nuestro iluminado espera que alguien guíe sus pasos hacia el campo de los valientes. ¡Cómo relincha cuando siente que algún hombre sin miedo acaricia sus lomos descansados!

ACERCA DEL VOTO DE LA MUJER

Mi buena amiga: ¡Cómo mudan los hombres y las cosas! Ayer me tenía usted en mi gabinete caraqueño, entre mis fieles libros y mis viejos papeles, dado a hacer literatura y a buscar como fuerza espiritual la palabra distante de usted, por entonces entregada a las delicias de la vida campestre, en plena sabana guariqueña. Hoy es usted quien gusta el descanso y la molicie de la capital y yo quien me he metido en el corazón de Venezuela, a sentir su profundo palpitar en esta opulenta amplitud de nuestra Guayana.

Ya usted me había ponderado la maravilla de esta región, donde Dios hizo sus últimas creaciones, desde la del oro para tentar la fuerza moral de los hombres, hasta la hermosura de quienes hacen sentir que ya el Criador descansó en su afán de buscar la humana expresión de la belleza. Todo lo había ponderado usted, pero hay mucho paño de la realidad a lo pintado. Apenas conozco lo de fuera de la región. Apenas he recibido el gran palpitar de su vida interior, y me siento en un mundo en formación. ¡Ah, mi amiga, qué mal se hace allá en pensar que eso sólo sea la Patria! La Patria en toda su fuerza integrante está acá, en esta Venezuela dormida, que espera su incorporación al gran movimiento de la cultura. No olvide usted que fué en Angostura donde se echó a andar por segunda vez la

República. Y sepa usted que hasta tanto este espacio maravilloso; desprovisto de hombres y pleno de riquezas, no se ponga a marchar a todo ritmo, Venezuela no alcanzará la plenitud de su destino económico, y con él, el aseguramiento de su independencia social.

Pero no era éste el tema que quería tratarle desde esta Guayana embrujadora donde hoy gobierno, acaso con menos prudencia que en su ínsula el viejo Sancho. A pesar de mi bachillería en nubes me tiene usted sobre la realidad de los hechos, encontrado con las pasiones y los intereses de los hombres, entre el permanente demandar de los necesitados, frente a problemas sociales y económicos que pudieran poner de nuevo loco al Dr. Fausto. Me tiene usted de gobernante en aprietos, en busca del caballo de Ledesma, para ver adónde me lleva e intentar de no caer en el viejo pecado venezolano de hacer programas y hablar de virtudes públicas cuando se está en la llanura de la oposición o de la irresponsabilidad funcional, para después proceder, cuando llegue la posibilidad de hacer, en forma contraria a lo que ayer se pensó. A usted mandaré memoria de lo poco que pueda hacer donde no hay manos ni horas suficientes para trabajar. Y usted condenará o absolverá mi conducta. La tengo por buen juez de mis actos, y sus consejos me serán de mucha ayuda, muy más hoy cuando quiero hacer bajar hasta el ras de esta tierra deshabitada mis permanentes nubes de idealista. No podré hacer mayor cosa, pero esté cierta de que no trocaré mis discursos con balances inexactos, ni desdiré de mis ideas de que la primera función de la au-

toridad es levantar el tono moral y espiritual de los pueblos.

Dirá usted que sobran preámbulos para entrar en el corazón de la respuesta de su última carta, primero ida a la capital y llegada a esta ciudad, después de una larga peregrinación, no sobre ruedas de bus, sino como a espaldas del más pausero jamelgo que pueda ser. Estoy con usted en todo lo que me dice. Soy feminista, siempre y cuando las mujeres sean mujeres. En lo del voto la acompaño. Porque no puede posponerse la clara mentalidad de Margot Boulton o de Lucila Palacios, a la de un semi analfabeto de La Vega, a quien los buscadores de votos capacitan en seis meses para mal firmar. Pero, en lo que dice a la influencia de la mujer, acaso disminuya cuando asuma el comando público. ¡Si las mujeres mandan a través de los hombres! Y tenga usted por idiota graduado a quien, ya banquero o ya político, diga que no es influído por una mujer. Creo que la sociedad en general ganará mucho cuando la actividad social de la mujer sea más notoria y se haga más extensa. Pero insisto en lo de la mujer mujer. Me horroriza la marimacho. Detesto la mujer que busca tomar atributos de hombre. La prefiero, como decían los abuelos, con la pata quebrada y en casa. Puede la mujer, conservando su integridad diferencial y luciendo la plenitud de sus atributos femeninos, incorporarse a la marcha de la cultura. Y justamente lo que se busca es eso. Que la dirección del mundo se asiente sobre los dos caballos de Platón. El hombre no es el individuo. El hombre es el par. Durable o transitorio. Pero donde confluyen dos fuerzas y dos sentidos complementarios.

El mundo es la permanencia de un binomio. Ya hecho por la ley, ya hecho por la especie, ya hecho por la afinidad electiva de los espíritus, ya por la admiración subyugante de la belleza, ya por el deleite comunicativo de los pensamientos. Se rompe aquí y nace allá. Destruye y crea. Empuja y detiene. Pero es dual. Y dual es el pensamiento de la sociedad y dual debe ser la expresión de su contenido conceptual. Pero esa molécula creadora reclama la inalterabilidad de origen de la mujer y del hombre. Que la mujer sea siempre lo que es usted. Belleza y comprensión. Fuerza y candor. Talento abierto a todos los vientos y torre cerrada desde donde su espíritu atisba, con la más fina y amplia mirada, la marcha del mundo.

Sabe usted, no sólo por mi marcada debilidad hacia la mujer, que soy feminista de los de avanzada. Creo en la superioridad de la mujer y tengo por cierto que nuestro héroe iluminado hubiera cedido con gusto las bridas de su cabalgadura a las suaves manos de una dama. Y yo, palafrenero obediente a los pensamientos de mi señor don Alonso, ayudaría con sobra de gusto a la bella que quisiera poner su fino pie en el estribo para salir a anunciar la nueva era de la verdad, de la justicia y del amor. ¡Que el caballo vaya a la conquista del ideal, guiadas las bridas por las firmes y suaves manos de quien no piense en Penthesilea como símbolo de acción, sino en las mujeres de heroico pensamiento y ancho corazón!

Y para servirla a usted, nada habré de repetirle. Venga de nuevo a esta Guayana de maravillas y sobre

el ancho río, en uno de los milagrosos amaneceres del Orinoco, podríamos platicar, en amable consorcio con las sirenas que pueblan de belleza este oásis de portentos, acerca de tántos temas como esperan palabras que los iluminen. Y mire que hay sirenas, y escollos, y naufragios.

Caracas, 1943.

Cd. Bolívar, 1944.

EN DEFENSA DE LEDESMA

Mi noble y bondadosa amiga: He leído con profundo interés las líneas amabilísimas de Ud. en que me dice de la desolación "ledésmica" con que oyó el discurso del ilustre don Fernando Ortiz en la sesión solemne de la Academia de la Historia. Habla Ud., y con razón, de que el fervor americanista del grande escritor cubano echa por tierra el valor simbólico de nuestro héroe como expresión de una conciencia nacional. Y está en lo cierto. De aceptarse la extraña tesis de que "la primera batalla de la liberación americana se ganó en el Canal de la Mancha al ser hundida la Armada Invencible de Felipe II", se negaría nuestra realidad histórica colonial, raíz de nuestra vida emancipadora, y se declararía que Alonso Andrea de Ledesma, al oponerse al invasor, fué un "traidor" de la libertad. Con tal manera de juzgar la lucha entre Inglaterra y España, se desconoce la verdad existencial del mundo español de las Indias. Casi como negarnos nosotros mismos; pues, a pesar de nuestro mestizaje, somos la continuidad de un proceso español que en su hora de plenitud optó la emancipación, heroica y tenazmente ganada por los héroes que dieron forma a la nacionalidad republicana. Aun desde un punto de vista de filosofía universal, sería arbitrario sostener que la Corte de Saint James sostuviera un

criterio de liberación política frente a un retraso ideológico español. La Inglaterra anterior a la Revolución del Siglo XVII era más obscurantista que la España de Felipe II. Recuerde cómo sus autoridades ordenaban quemar libros como los de Roberto Belarmino, que proclamaban los derechos deliberativos del pueblo, mientras en la Península hasta se apologizaba el regicidio.

Justamente la destrucción de la Armada Invencible empujó la bárbara carrera de piratería que asoló a nuestro mundo colonial y detuvo el progreso de los establecimientos hispánicos, donde adquiría fuerza la cultura en cuyo nombre nos empinamos más tarde para defender el derecho de nuestra autodeterminación política. Esa tesis de que los piratas fueron portadores de consignas de libertad la podrían defender los mercaderes ingleses que querían para sí el imperio absoluto del nuevo mundo, con la misma licitud con que los actuales piratas del industrialismo se empeñan en convertirnos a la esclavitud de sus consignas absolutistas.

Recientemente, en nuestra prensa diaria y con motivo de una película cinematográfica enderezada a la justificación de los corsarios, escribí acerca de esta arbitraria manera de juzgar la piratería, que a mí se me ocurre semejante a la tesis de un heredero que, por vengarse de cualquier lucro arbitrario de su antiguo tutor, celebrase al ladrón que durante su minoridad vino, con fines de riqueza personal y no de ayuda para el peculio pupilar, a devastar y reducir sus grandes propiedades. ¿Valdría en lógica estricta el argumento de que era cruel y malo el administrador? Claro

que los descendientes y socios del intruso tendrían motivos para exaltar el valor y la audacia del ladrón, pero que esa alabanza la coreen los mismos que recibieron el perjuicio de la destrucción, no lo juzgo ajustado a ninguna manera de razón.

La tesis que encuentra méritos en la acción rapaz de los filibusteros y forbantes del Siglo XVII, es secuela de la leyenda negra con que el inmortal imperialismo anglo-sajón quiso legitimar su odio contra el imperialismo español, es decir, contra el imperialismo del pueblo que, dilatándose, nos dió vida y forma social. Porque, niéguese todo y reconózcase el error administrativo de la Metrópoli española, jamás podremos cerrarnos a comprender que cuanto mejor y más pacífico hubiera sido el desarrollo material del imperio español, tanto mejor y más eficaz hubiera sido nuestra anterior vida de colonia. ¿Podría sostener alguien que ingleses, franceses y holandeses vinieron a defender los derechos de soberanía del aborigen? De lo contrario, se empeñaron los pueblos enemigos de España en llenar al nuevo mundo con una nueva masa esclava: banderas inglesas trajeron a nuestro suelo, aherrojadas de cadenas, a dolidas masas de negros africanos y cada territorio que arrancaba Inglaterra a la Corona española, era convertido en asiento del mercado negrero.

Busque Ud. en su meditación otras razones que le den la clave de la sentencia de nuestro ilustre huésped. Sabe Ud. que en estos temas se enredan razones ideológicas que van hasta la misma raíz de lo religioso y que Cromwell sostenía que a los españoles era preciso matarlos como bestias al servicio de Roma. Algunos

aún piensan con semejante criterio. Yo respeto supersticiosamente la libertad de las ideas. Y jamás niego mi admiración a quienes por sus obras la reclaman, aún cuando piensen en oposición conmigo. En el caso de don Fernando Ortiz ya hube de aplaudir, como lo obligan la solidez y el prestigio de su palabra, la elocuencia del discurso, así difiera de este su particular modo de apreciar nuestro pasado español.

En todo estoy con Ud. cuando dice que Alonso Andrea de Ledesma, con su lanza solitaria, era por sí solo la pujanza de un ímpetu que valía tanto como el empuje de la gran armada vencida en el Canal de la Mancha. Y feliz en extremo conceptúo su comentario tan oportuno sobre el valor de nuestro *folk-lore* como expresión de fuerzas subterráneas que en el suelo de nuestra conciencia popular subsisten por testigos de las viejas culturas que se sumaron para la formación de nuestro carácter nacional. Si en verdad tiene un invalorable precio como dato sociológico, no le hallo fuerza para elevar la educación del pueblo. A no ser que se intente educar con los mismos factores que se procura superar. Ya nosotros hemos trabajado, cuanto nos ha sido posible, en ponderar la potencia de Alonso Andrea de Ledesma como mito que simboliza las virtudes heroicas de un pueblo ayuno de arquetipos. Sería lamentable exaltar a la vez la macana de los bailadores del Tamunangue.

Quedo en espera de sus nuevas letras y mientras éstas vengan, las suyas que contesto serán en mi mesa de trabajo como prenda de fina espiritualidad y aguda comprensión.

Caracas, 23 de febrero de 1948.

FIN DE "EL CABALLO DE LEDESMA"

PEQUEÑO TRATADO DE LA PRESUNCION

a Luis Villalba Villalba

Así aparezca árido y presuntuoso este breve intento de examinar, desde sus raíces idiomáticas, la idea de la presunción, hemos querido anteceder nuestras reflexiones de tipo psico-sociológico, con minucioso y pesado análisis del vocablo, el cual, si en verdad poco enseña a quienes conocen los misterios de la filología, sirve, en cambio, para aclarar en su extrema realidad el concepto simbolizado por la palabra. Como se trata de simple erudición de diccionario, bien podría faltar en nuestro ensayo; mas, hemos creído que al seguir el curso de la palabra desde su primitiva figuración latina hasta su presente fijación en lenguas modernas, nuestro propósito didáctico adquiere mayor dramatismo y que a su luz se iluminan mejor los secretos de este pecado, condenado tanto por teólogos y moralistas, como por pedagogos y sociólogos.

No sea, pues, óbice para su lectura el tropiezo con palabras y con frases olorosas a viejos y empolvados rincones de biblioteca, que en saltando sobre su estirada pesadez, ya aparecerá la amarga flor cuya semilla ha sido tan fecunda en nuestro suelo nacional.

En las últimas ediciones de su Diccionario, la Academia Española reduce las acepciones de Presunción y Presumir, a sólo estas:

Presumir (Del lat. *praesumere*) tr. Sospechar, juzgar o conjeturar una cosa por tener indicios o señales para ello. 2. int. Vanagloriarse, tener alto concepto de sí mismo.

Presunción (Del lat. *praesumptio, onis*) f. Acción y efecto de presumir. 2. For. Cosa que por ministerio de la ley se tiene como verdad. (Y luego explica el carácter de la presunción, cuando es de derecho o de ley o sólo de hecho).

En el Diccionario de Autoridades se habían dado las siguientes definiciones:

Presumir. v. a. Sospechar, juzgar, o conjeturar alguna cosa, por haber tenido indicios o señales para ello. Es del latino *praesumere.* Vale también vanagloriarse, tener demasiado concepto y confianza de sí mismo. Lat. *Nimium sibi sumere, vel arrogare. Nimis confidere.*

Presunción. Significa también vanidad, confianza y demasiado concepto que se tiene de sí mismo. Lat. *Arrogantia. Nimia confidentia. Superbia.* Inc. Garcil. Historia de la Florida. lib. 2. part 1., cap. 29. Este fin tuvo la temeridad y soberbia de Nitachuco, nacida en su ánimo, más feroz que prudente, sobrado de *presunción* y falto de consejo". Jacuite. Pol. pl 250. La *presunción* estropea los mejores méritos.

Según Covarrubias, *presumir* vale tener uno de sí gran concepto. Presumido, el confiado.

En bajo español de Venezuela, *presumido* se dice de quien usa modales delicados y viste con acicalamiento.

Para Stephani en "Thesaurus Linguae Latinae", (Edic. de Londres de 1735), *Praesumptio, onis* vale por *ante sumptio,* o *anticipatio.*

Según el "Glosarium ad scriptores Mediae et Infimae Latinitatis", de Dufresne (Edic. de París de 1734), *prae sumptio* significó en latín decadente *actio injusta, invatio, usurpatio;* y *prae sumere,* expresó *ante sibi sumere,* conforme con la etimología que Ernout-Meillet, en su reciente "Dictionaire etymologique de la langue latine", da a *praesumo,* en su acepción de tomar por anticipado o antes de tiempo, formada de *praesumo,* y éste de *susemo, emo,* tomar y *sus* de *suspicio.*

A *prae sumere* da significado de *ante capere,* según uso de Plinio, el "Lexicon latinae linguae antibarbarum", de Janne Frederico Noltenio (Edic. de Venecia de 1743), y según Furlanetti en "Totius Latinitatis Lexicon" (Edic. de Padua de 1830), *prae sumptio, onis,* vale por *actus prae sumendi, ante sumptio, et id quod ante sumitur* y, además, por *confidentia, nimia spes.*

En lengua francesa, además de la acepción forense de uso corriente en nuestro idioma, significa "opinión trop advantageuse de soi meme". Igual acepción le dan los diccionarios portugueses e italianos.

Durante la Edad Media, el inglés adoptó el verbo *to presume* tomándolo del francés *présumer,* en la primitiva acepción de *anticipatio* y en la del bajo latín de *invatio, usurpatio.* Tomar una cosa sin derecho, dice Oxford, para esta modalidad obsoleta de la palabra. Mas queda en dicha lengua el valor "de actuar en la suposición de tener derecho".

En categoría teológica, presunción vale tanto como creencia falsa acerca de la misericordia de Dios. Junto con la desesperación, es pecado contra la esperanza, puesto que significa una esperanza temeraria en la bienaventuranza. Manera de pecado contra el Espíritu Santo, dicen los teólogos. *Praesumptio est motus quidam appetitivus, quia importat quamdam spem inordinatam. Habet autem se conformiter intellectui falso, sicut et desperatio.* (Santo Tomás. II-IIae, quaest. XXI, art. II). Por ello, San Juan Clímaco en su "Escala Espiritual" (Cap. XXVI), comenta: "Así como son contrarias entre sí las bodas y el mortuorio, así son la presunción y la desesperación". Y más adelante (Cap. XXVIII), agrega: "Trabaja por tener muy fijo y muy guardado el ojo interior del ánima contra todo levantamiento y presunción; porque entre todos los hurtos espirituales ninguno hay más peligroso que éste". El Padre Granada escribe ("Libro de la Oración y Meditación", 2ª parte. VI): "Destas dos tentaciones la primera es desconfianza; la cual suele desmayar a muchas personas, haciéndoles creer que es imposible llegar a tanta alteza y perfección; y la otra es presunción; la cual, por el contrario, les hace creer que han llegado al cabo, o a lo menos que han aprovechado algo en este camino". Sin que falte, en el orden corriente de la vida, la atribución pecaminosa que el propio Doctor Angélico le da cuando se *trata de acometer o intentar acometer lo que está sobre nuestras fuerzas.* (Ibidem. q. 130).

Tanto en el orden teológico, como en la primitiva acepción latina, abultada en el *sermo vulgaris* de la Edad Media, la presunción constituye una actitud de

tomar con antelación, de invadir derechos ajenos, de usurpar lo que a otros corresponde: *prae-sumo,* tomar por anticipado. En lo que dice a la genuina y recta comprensión de la palabra, adelantarse en el propio juicio sobre sí mismo, con ánimo de jactancia, es sólo lo que deja al vocablo la acepción en uso. Apartado de su valor primitivo y de la acepción procesal de cosa que se tiene por verdad, apenas resta para el vocablo el valor superficial de "afección inmoderada, merced a la cual nos idolatramos y que nos representa a nuestros propios ojos distintos de lo que realmente somos", según en sus "Ensayos" define Miguel de Montaigne. Sin embargo, un recto estudio del pleno contenido conceptual de la palabra nos lleva a comprobar que la *usurpatio,* la *invatio* y la *actio injusta* de la latinidad decadente, permanecen en el cascabullo de la idea que el vocablo encierra. No otra cosa que usurpación de méritos constituye en recto examen la posición de quien se representa ante sus propios ojos con atavíos de facultades de que en realidad carece. El versificador que presume de poeta y el religioso que se cree santo, están ya usurpando posiciones que no les corresponden y, en consecuencia, cometiendo un *actio injusta.*

En otra parte hemos escrito que nuestra gran tragedia cultural de pueblo radica en haber *llegado sin llegar.* Vale decir, en haber usurpado posiciones que no nos correspondían por derecho propio. No ya pecado contra el Espíritu Santo, sino falta plena contra nuestro deber social, contra la sinceridad que nos reclama la propia sociedad de que somos parte. Pueblo de presuntuosos, hemos buscado el fácil camino de tomar por anticipado los sitios que reclamaban la sistemática

de un esfuerzo lento y mejor orientado. Presumir, no en su corriente acepción de vanagloriarse, sino en su soterrada significación de anticipo de la hora, ha sido la tragedia cuotidiana, menuda y persistente que ha vivido nuestra nación a todo lo largo de su dolorosa y accidentada historia. La vía del asalto y de la carrera para llegar más presto a sitios que reclamaban una idoneidad responsable.

El afán desordenado de hacernos valer, ha sido nuestro mal en todos los órdenes de las actividades humanas. Un deseo de llegar antes de tiempo, un empeño de tomar los frutos ingrávidos, un tropicalismo desbocado que nos impele a la ruptura de los frenos que pudieran guiar el impulso hacia la racional conquista. Llegar por donde sea y como sea. Torcido o recto el camino da lo mismo, siempre que conduzca al deseado fin. Generalizada la teoría del éxito profesada por quienes aconsejan hacer dinero honradamente, pero en todo caso hacer dinero, hemos supeditado al hecho desnudo de satisfacer las ambiciones, los medios de lograrlo, sin curar en ningún caso de que aquéllos sean honrados y cónsonos con la lógica que asegure su fructífera permanencia. Llegar a la casa por la puerta principal o por la puerta ancilar, es cosa secundaria. Sólo importa llegar, a la luz del día como llegan los señores o al amparo de las sombras protectoras del escalamiento.

Olvidados de la lógica de la vida y de la necesidad de madurar las circunstancias, jamás hemos sabido esperar. Llevados por tentaciones que destruyen la armonía del juicio y la rectitud de la reflexión, hemos templado la desesperación con la presunción; del cua-

dro falseado por un pesimismo de las cosas, hemos pasado a la violenta carrera a que empuja la inmoderada estimativa de las cualidades personales. Como el sembrador que, cegado por la magia de presuntos abonos, ordenase recoger a destiempo la cosecha, nosotros, en nuestra función de cultura, hemos arrancado con criminal anticipación las raíces sin madurar y hemos recolectado bulbos sin savia y flores sin aroma.

Ese espantoso complejo, por todos visto en silencio y pocas veces denunciado, hemos querido tratarlo por medio del examen interno de la palabra que mejor lo califica. Allá y acá se buscan las causas de nuestros males en el campo de la ciencia, de las letras, de la economía y de la política. Para encerrarlas a todas en un conjunto que haga fácil su etiología, hemos mirado a esta palabra, que es pecado y tentación, en cuya raíz semántica parece que se ocultase la *ultima ratio* de nuestra precipitada y confusa vida de relación.

Pueblo que no medita el valor de sus propios recursos ha de caminar los opuestos caminos que conducen ora a la desesperación, ora a la presunción. Al pesimismo que nubla los caminos y que lleva a la actitud decadente que Soeren Kierkegaard define como un "no querer ser uno mismo", como renuncia al propio esfuerzo de realizarse en función de equilibrio de voluntad y de posibilidad; o a la euforia malsana provocada por la falsa confianza en los propios recursos, que hace mirar como ya realizado el acto acoplador del esfuerzo con el fin relativo de las aspiraciones. Desprovistos como colectividad del sentido de cooperación que haga fácil el esfuerzo común, hemos seguido el

curso personalista de nuestros apetitos, con un sentido de suficiencia que nos ha llevado en lo individual a ser los solos jueces de nuestros actos y los dispensadores de nuestra propia honra.

No vienen estos males del ayer cercano; por el contrario, tienen sus raíces henchidas de historia. Hay quienes digan que fué precipitada y presuntuosa nuestra propia aventura emancipadora; y el mismo Bolívar, en la culminación de su tragedia, declaró la independencia como el solo bien logrado a costa de la ruina de tres siglos de cultura. Para sostener o rebatir la tesis sobran argumentos en el mundo de la historia, pero quizá desde entonces se inculcó en nuestro plasma social el afán de hacerlo todo a punta de palabras que suplan la realidad de actos constructivos. Agotados nuestros recursos sociales en la lucha titánica por la construcción de la república, hemos intentado compensar la deficiencia colectiva, por medio de una exagerada valorización de nuestras capacidades como individuos, y por un falso sentido de participación retrospectiva en la homérica lucha librada por los fundadores de la nacionalidad. Con la vanagloria por lo que hicieron los mayores, entendemos balancear nuestras carencias colectivas, como si la categoría histórica pudiera argumentar a favor de nuestra deficitaria actualidad. El feudalismo anárquico, que insurgió con la exaltación de los caudillos, llevó a la disgregación de los grupos que pudieron haber realizado en el campo cívico una obra perseverante de superación y que hubieran podido crear un tono reflexivo para nuestras tareas político-culturales. La perseverancia del individualismo provocó esa mostrenca actitud que lleva a cualquier

venezolano a considerar que por la punta de su nariz pasa el meridiano de la nación. Y poseídos de este dogma infalible, sin siquiera aceptar que los contrarios puedan errar honradamente, cada uno de nosotros, de manera peor mientras más cultos, ha presumido posiciones artificiales, que van desde el indiscutible acento del postizo profesor omnisapiente, hasta la verba exaltada del líder que cree poseer, como intangible y exclusivo patrimonio, el don de las verdades que salvan la república. De donde resulta el estado lamentable que cruda y magistralmente pinta el insigne Key-Ayala cuando dice: "Gran parte de las desgracias de nuestra vida nacional se deben al empirismo, al desconocimiento de las razones fundamentales que rigen la marcha de las sociedades, de las empresas y de las industrias, en fin, a la ignorancia petulante, vestida de suficiencia". Vale decir, a la presunción que es signo de nuestra conducta social, a la agresiva "chivatería" en que pretendemos apoyar nuestra petulancia.

Causa y efecto en sí misma, la presunción que se abulta en todo nuestro discurso histórico, arranca de posiciones negativas anteriores y provoca, a la vez, nuevas actitudes disvaliosas que precisa examinar en su origen y proyecciones. Por una parte, el individuo encuentra hacederos los caminos por falta de sentido responsable de quienes le antecedieron. Hay a veces, más que *usurpatio,* una pacífica *invatio* en tierras de nadie. ¿Quién no se siente inclinado a ocupar lo que está vacío? Si aquellos, por caso, a quienes corresponde por mayor experiencia el sítial de la crítica, abandonan el deber de hacerla, ¿no resulta explicable que en él aposente quien llevado por instinto vocacional y ani-

mado por falsa estimativa de sus recursos, se cree capaz de ejercer el delicado y baldío ministerio? Lo que en el orden de la cultura literaria y científica se explica fácilmente, como resulta de la huída pesimista de quien pudo hacerlo y del afán correlativo de *prae sumere* por parte de quienes buscan el anticipo figurativo, conviene por igual al terreno de lo económico y lo político. Un pueblo sin arquetipos morales, un país donde no se ha prefigurado la imagen que debe dar forma a nuestro esfuerzo social, invita al asalto de las categorías. Creídos los individuos en el falso mérito de escasos e indisciplinados atributos, se sienten invitados a la conquista de aquello que reclamaría un punto de mayor madurez. Por eso, a veces vemos cómo en la falsa jerarquización de los sujetos, ocurre el caso que respecto a los franceses de su tiempo anotaba el Canciller Ollivier, cuando dijo que sus compatriotas se "parecían a los monos, que van trepando por los árboles de rama en rama, hasta tocar a la más alta, desde la cual enseñan el trasero".

Correlativo aspecto de la desmedida valorización de sí mismo, la presunción, según anota Montaigne, conduce a la subestimación de los demás. Es como una ley negativa que rigiera el equilibrio de los valores: al usurpar posiciones por medio de la antelación en el goce de algo a que pudiera tenerse derecho mediante el acabamiento de un esfuerzo, se desvaloriza y viola el patrimonio ajeno, se mengua indirectamente el valor de las categorías extrañas, se destruye el justo nivel en la escala de la estimativa social.

En términos de clásica educación griega, diríase, con palabras de Jaeger, que aquel que "atenta contra

la *areté* ajena pierde, en suma, el sentido mismo de la *areté*". Se desvaloriza a sí mismo en el curso ascendente hacia la conquista de la virtud y del honor que habría de definir su figuración en el proceso selectivo de la sociedad y rompe, consecuencialmente, el sentimiento de comunidad que es ala y remo para las grandes obras de la cultura. De ahí resulta el estado que para lo nacional tan bien definió Romerogarcía al llamarnos pueblo "de nulidades engreídas y de reputaciones consagradas" y que tinosamente hizo decir a otro que "en Venezuela nadie está en su puesto". Se engríe quien asume la posesión de lo que no le pertenece aún, aquel que se adelanta al ejercicio moral de un derecho, el que *prae-sume* lo que el tiempo le reserva para horas de madurez legítima.

Y como la presunción de funciones y aptitudes sigue una línea sin continuidad geométrica en el plano de lo social y se rige sólo por la falsa apreciación individual, adviene, por consecuencia, en el ordenamiento colectivo una dispareja y anárquica ubicación de valores que conduce, para la efectividad del progreso, a situaciones donde lo instable hace las veces de canon regulador. En una sociedad fundada sobre bases de presunción, vale decir, sobre supuestos ingrávidos, sobre líneas que carecen de madurez realística, se vive en peligro de que toda creación, por lo abortivo del esfuerzo, carezca de fuerza perviviente. La anticipación que caracteriza a la obra presuntuosa, condena a ésta, fatalmente, a quedar en la zona de lo inacabado y pasajero. Sin energía para arraigar, sin densidad para lograr una ubicación de permanencia, las aparentes conquistas carecen de la continuidad y método que les

dé fuerza para convertirse en tradición capaz de impulsar en una línea lógica y duradera la marcha del progreso social.

Como en el pecado va implícita la pena, así el individuo cuando asume situaciones que aún no le corresponden, recibe el precio de su culpa, pues al abandonar el sitio donde debió desarrollar provechosamente su función generadora de actos eficaces, desfigura, a la vez, su propia personalidad entitiva. En la audacia de la carrera, no sólo usurpa lo que no es suyo, sino que, con esto, destruye su mero valor positivo. Se aleja de su propio marco redituante, se deshace de los vínculos que le asegurarían un buen éxito, y desconociéndose a sí mismo, se aventura a obrar como si fuera otra persona en sí, con lo que destruye fatalmente el signo de su jerarquía. Pasa a ser lo que no es, y, en consecuencia, anonada su personalidad. Como el globo que a fuerza de hincharse termina por ser destruído, del mismo modo el presuntuoso se convierte a la postre en simple nulidad figurativa.

Trasplantada al terreno de los hechos la consecuencia que en el orden teológico de la salvación señalan los doctores al pecado de presunción, vemos de manera objetiva que suyas son las causas de que se pierdan en el vacío las mejores intenciones de quienes se dejan llevar por el impulso de la conquista anticipada. No basta llegar, se requiere llegar a tiempo. No sale más temprano el sol porque se madrugue a mirar la aurora. La negación de la confianza, la actitud pesimista de quienes sólo ven los defectos sociales, no justifica, como reacción, una euforia anticipada que conduzca a dar por logrado aquello que precisa de una

serena meditación constructiva. Al mismo tiempo que debemos luchar contra los peligrosos complejos que incitan a la desesperación y a las situaciones negativas, estamos obligados a luchar contra el hábito desesperado de la carrera, que condena a llegar con las manos vacías de realidades, esto es, a llegar sin ser nosotros mismos.

Por lo que mira al proceso fundamental de la educación, tanto los padres como los alumnos persiguen un acelerado tránsito que ponga a estos últimos en posesión del título que les abra el camino de un ejercicio profesional. Nada importa que a ese título falte el respaldo de una cultura que eleve a sus poseedores a condiciones de cumplir la función para la cual lo autoriza el certificado o el diploma. Interesa salvar el tiempo más que alcanzar el grado de ilustración que se requiere para asumir responsablemente el carácter que aquéllos confieren. Se trabaja por llegar prontamente a la oficialidad de las carreras que permita superar en función cronológica el período de preparación requerida para el cabal cumplimiento de la empresa a que nos abocamos en la sociedad. La sistematización individual del esfuerzo es sustituída por el afán de obrar. Correr, más que andar, ha sido consigna colectiva de trabajo y como consecuencia de la precipitación en asumir antelativamente lo que debiera llegar al final de una racional sistemática, hemos caído en la obra improvisada de los perseguidores de albricias y de los genios frustrados que pretenden suplir con la suerte o la audacia lo que sólo se alcanza mediante una lenta y progresiva preparación sobre los yunques del estudio y de la autovigilancia responsable.

Mal que viene de atrás, reato a nosotros trasmitido por las generaciones que nos precedieron en el proceso formativo de nuestro pueblo y por los propios maestros que han pretendido iluminar nuestros caminos, debemos empeñarnos colectivamente en oponerle enérgico remedio que lo contradiga. En nuestra propia reflexión hemos de hallar los recursos idóneos para lograrlo. Hagamos examen sincero de nosotros mismos, por medio de una introspección que desnude nuestras vidas de los arreos presuntuosos con que hemos venido signando nuestros actos. Ser lo que somos y obrar de conformidad con nuestra verdadera capacidad. Comprender que la eficacia de nuestra obra radica en la constancia de un proceso formativo que asegure el éxito de nuestra acción futura. Más que correr, esperar; más que la aventura de gustar postizos éxitos, limitar nuestra acción al cuadro reducido, pero seguro, donde nuestro esfuerzo sea capaz de crear una obra perdurable; antes de ir a la aventura fácil de tomar lo que aún no nos corresponde en la jerarquía social, descender, conforme al consejo socrático, a lo interior de nosotros mismos para avalorar y conocer nuestras propias fuerzas.

Frenada la falsa estimativa de nosotros mismos y apreciada en términos ecuánimes la capacidad vecina, llegaremos a crear un eficaz sentido de cooperación para la obra colectiva. El rigor que aplicamos en la crítica de los actos de los otros, suplámoslo por mayor exigencia para la obra propia y las puertas que nuestro egoísmo cierra para el comercio con los extraños, abrámoslas para una mayor comunicación que haga posible la fe en el esfuerzo ajeno. Rompamos con valor la in-

veterada costumbre de fingir recursos de que carecemos. Dejemos de practicar el viejo hábito de exhibirnos como señores de predios que no dominamos, hábito del cual muchas veces es harto difícil deshacerse, y en el cual caemos, así se trate de casos como el presente, en que para examinar la esencia de la presunción, hemos tenido que ocurrir al censurado expediente de usar recursos que sobrepasan a nuestros escasos conocimientos. Algo semejante a la lección del cangrejo senecto que explicaba a los jóvenes cangrejos la manera de caminar en línea recta. Al menos el viejo crustáceo creyó descargar su conciencia de aquello de que en sí mismo no era responsable. Y si presuntuosa resultare la lección, sírvale de justificativo el proloquio terapéutico de *similia similibus curantur*.

PENSAMIENTOS AFINES

Aire, siempre aire, quieren los Alonsos, *aire puro que ventile las conciencias* y haga bajar del monte dorado la sana brisa de la responsabilidad que, a veces, se ha puesto en huelga cubriéndose de ocasos cuando debiera resplandecr más viva en hora de renovaciones, no ajena a la discrepancia, porque lo sabemos de lejos, mi querido Briceño-Iragorry, nada entumece más el espíritu que la unanimidad. Ella es otra especie de silencio, casi un silencio colectivo, rumoreo de abejas dóciles que acuden al panal.

Y tuvo en mucho la culpa de la deuda de las generaciones — no sólo entre las literarias sino entre las políticas — esa propensión a la unanimidad que diluía responsabilidades. Nunca me he explicado el regusto—o regosto — con que algunos saborean la loa integral, el elogio incondicional y ecuménico, sin darse cuenta que implica, cuando no la mentira, la conveniencia o el ventajismo, el subterfugio o la indiferencia. Alguna vez, en plena época de la unanimidad impuesta, escribí mi diatriba contra el elogio unánime, creador de fantasmas, de genios improductivos tántas veces victimarios de la verdad y aún del país.

Esa golosina de la unanimidad llevó a mostrar cualidades donde había selva de defectos, a tergiversar aquéllas y a presentar éstos como siembra provechosa. De allí que quienes venían detrás en busca del alba radiante, fueron engañados con la algazara de pericos en huelga, borrachos de selva y enceguecidos por las candilejas. Hemos de caminar hacia la revalorización gritando cada quien sus quiebras honestamente, que siempre ha de ser más noble y útil una verdad dolorosa que la rosada y fofa mentira de los muñecos de feria.

Hemos vivido largamente *en trance de asechanza* y, agrego yo, en trance de mentir, en trance de vanidad. Por ello muchos títulos universitarios — crudos de ignorancia — sólo han servido como patentes de corso legalizando engaños e incapacidades. Otras veces se ha olvidado que no siempre el saber es cultura y civilización.

La vanidad ha culminado en el trópico a la imaginación. Simples "vivos" quieren pasar por imaginativos. La sobra de palabras no significa imaginación. En América esta confusión ha causado muchos males. Recuerdo ahora unas palabras de Unamuno: "No: ni el verboso y rimbombante es imaginativo, ni el vivo, el listo, es inteligente. Hay que temer a los hombres de comprensión rápida; los que parecen comprender algo pronto, lo comprenden casi siempre mal. Entre nosotros (España) y creo que ahí más aún (América) sustituye a la sana compresión, a la que es fecunda en simpatía humana, una cierta malicia. Somos pueblos recelosos, maliciosos, propensos a la burla, siempre con

miedo de que se nos tome de primos, siempre temiendo una emboscada o engaño". Y cuánta clínica espiritual tenía el viejo Unamuno!

La falsa imaginación, el exceso de vanidad y la falta de veracidad han creado entre nosotros una larga serie de mixtificaciones y mixtificados. Y no es política ni obra ciudadana esa de andar alcahueteando la mentira. El "destacado" y el "bien preparado", calificativos de los cuales abusan los periódicos, han hecho mucho mal en nuestros pueblos. Y la disciplina, al confundise con el servilismo y el silencio, ha restado acción a muchos de nuestros hombres.

Decirlo quizás no sea falta de caridad, aun cuando esa virtud también está en crisis, como bien lo apuntas, caro Briceño-Iragorry, porque se ha jugado mucho con las palabras y se las ha hecho perder su significado original, edénico, esencial. Pero tu plática sobre la caridad merecerá nueva glosa y continuaremos este diálogo sin temores usureros de esos que ponen al día los usufructuarios de opimos réditos.

JOSÉ NUCETE-SARDI.

Caracas, octubre de 1942.

EL CABALLO DE LEDESMA EN SOBRE ABIERTO

D. Mario Briceño-Iragorry.

Hoy ha caído en esta mesa el presente de su aprecio a mi labor de chupatinta y de maestro. El "sarmentoso corcel, de andar pausero", de Alonso Andrea de Ledesma, llegó aquí resurrecto en un potranco, brioso y altanero, intolerable hasta el punto de casquearme el polinomio de ordinal quinientos. Y sepa usted, don Mario, que mi Ecuación ahora va en serio!

Pues, como le iba diciendo, "El Caballo de Ledesma" llegó aquí como el Pegaso auténtico, y me retortijó la mesa, y trizó los papeles, y me puso todo esto en forma tal que no le podré organizar (ni en cuarenta revueltas) para el trajín normal de mis asuntos del magisterio. Menos mal que ya le tiré la pierna, y he estado jineteando cincuenta minutos; jineteándolo bueno, para que usted lo sepa!... Lo agarré por las bridas de plata que le apretó Nucete (José Nucete-Sardi), con esas manos de cien leguas que se gasta en lo literario. Perdóneme ese sistema métrico, don Mario.

Este Caballo de Ledesma es suyo, mío y de todos los venezolanos; aunque se opusiera la señora del Guá-

rico. Este es el símbolo que necesitamos. Ese, el que "en nuestras casas está rumiando en silencio el pienso siempre fresco del ideal, sin relinchos que delaten su presencia, pero presto a resistir, en una resurrección milagrosa, el peso de jinetes que hayan lavado el ánimo para la muerte. Sobre su lomo no se sientan caballeros de mohatra. Para éstos están los vientres de los caballos troyanos!..." Así, don Mario! Este su "Caballo de Ledesma" llega a tiempo; cuando quienes somos menores que usted en un decenio empezamos a aprender a lavarnos la cara; y a lavarnos sobre la frente un pensamiento macizo, para dar la primera carga a la Prudencia Culpable, a "las palabras que sólo sirven para expresar pensamientos sin forma ni sentido, pensamientos falsos, máscaras de verdades que quedan en el fondo del espíritu avinagrando los ánimos sociales. ¡Qué hubiera sido de nuestra Patria con un Bolívar prudente, con un Salias dedicado a disimular las palabras! ¡Si hubo independencia y libertad fué por obra de hombres a quienes desde los ángulos del cálculo y de la parsimonia, se motejó de cabezas huecas y de lenguas sin gobierno!"

Aquí está su "Caballo de Ledesma", en la tinta fresca del ocho de este diciembre, esperando los jinetes de la nueva Venezuela, en el propósito más firme de hacer esta Patria en pensamiento nuevo, con las alas de palabra libre que nos están naciendo, con el alarde de toda la verdad que rebosa en su libro, don Mario.

Usted sobre "El Caballo de Ledesma" pone a nuestra generación que piensa en el disparadero: "Sobre el caballo de Ledesma, o a la zaga de él y a la jineta, bien dobladas las rodillas, sobre rocín de dura barba,

podemos gritar nuestra verdad, podemos vocear la verdad de una, de dos, de tres generaciones de formación exigua, a quien tocara el angustioso destino de no haber tenido mejores guías. Es el momento de echar por la borda este lastre que dificulta la marcha de nuestra nave". Y es así, sobre el caballo de Ledesma, enjaezado en sincronía, como usted ha lanzado el primer grito de batalla para hacer una nueva Venezuela.

Don Mario, sin apearse de su cabalgadura genial, permítame el honor de estrechar su mano para vocear bien alto cualquier cosa, como cualquier joya de las no heredadas, como cualquier pensamiento nuevo que hago mío de su libro, como, por ejemplo: "Oíd, seres pensantes de mi Patria!... No es caridad esa profesión elegante de regalar, en busca de aplausos y de fama, abrigos por Navidad a niños cuyos padres han sufrido trescientos días de abandono e indiferencia de aquellos que están encargados de distribuir los beneficios sociales. Caridad es otra cosa. Caridad es algo más que fundar *sopas* para ganar concepto de gente desprendida y filantrópica. Caridad es algo más que ese salvoconducto que, a costa de cortos dineros, procuran lucir ante la sociedad pacata quienes se sienten responsables por actos tenebrosos!"

Sinceramente amigo,

R. A. Fernández Miró.

Caracas, 16 de diciembre de 1942.

Caracas: 12 de enero de 1943.

Señor Doctor D. Mario Briceño-Iragorry.

Ciudad.

Mi ilustre amigo:

Una emoción profunda y un dejo de alegría pura, un tanto salpicada de tristeza, he aquí la reacción que en mí produjo la lectura de su pequeño gran libro "El Caballo de Ledesma", que tan bondadosamente tuvo a bien dedicarme. Emoción, porque en sus sabrosas páginas he logrado encontrar ese perdido temple espiritual que las nuevas generaciones estamos en la obligación de reconquistar con urgencia vital. Alegría un tanto salpicada de tristeza, al tropezar con ese hermoso inventario de virtudes que constituyen el basamento del alma nacional y que, en nuestra indolencia comodona, hemos relegado al pobre simbolismo heroico de las recordaciones domésticas.

"El Caballo de Ledesma" es algo más que una contribución valiosa a las letras nacionales. El hecho de aportar un símbolo tan hermoso a nuestra literatura, que no es de esperar se quede en el simbolismo estático en que han ido a refugiarse otros más o menos afor-

tunados, pero representativos de nuestra alma y nuestra aspiración nacional, bastaría solamente para consagrar a su descubridor y recomendar su obra. Pero mal podría pensarse si así se presumiera siquiera de este don Alonso de Ledesma, que llega en el momento preciso en que nuestro pueblo necesita de un gran símbolo que exprese su nueva vida y su esforzado peregrinar.

Una conmovida lección de tiempo presente, de urgencia actual, inaplazable, se filtra al través de esas páginas poderosas y atrayentes, escritas no por mero devaneo caprichoso, sino ante el impulso del corazón y la responsabilidad, que siguen el mismo ritmo acelerado de estas horas tremendas.

Si su libro ha logrado conmoverme a mí, tan culpablemente dormido como la mayoría de la gente de mi generación, ha sido, mi ilustre amigo, porque él me ha hecho propicia la oportunidad de sintonizar mis remotos sentimientos, latentes aún, pero empolvados de abandono y faltos de ejercicio en el cómodo lecho de la indolencia.

Yo creo, Mario Briceño-Iragorry, que Alonso Andrea de Ledesma, firme sobre su caballo procero de ascendencia manchega, no es un mito del todo olvidado en la áspera trayectoria venezolana. Su caballo ha permanecido paciente en forzada inactividad, clavado sobre nuestro corazón, vigilante en nuestras flaquezas, a la espera de los jinetes que les echan las piernas a los estribos y "guíen sus bridas baldías" para el encuentro de la gran aurora. Desempolvar este símbolo olvidado, mejor, hacerlo símbolo, que es el término justo, es en-

contrarlo ya y ponerlo en marcha en estos momentos excepcionales de nuestra historia.

Y este hermoso cometido, esa brillante tarea, justo es que haya tocado en suerte a quien como usted ha aprendido en la sangre y en el corazón la permanente lección del viejo extremeño, "de la poca, pero sí indestructible familia de Alonso Quijano".

Hermosas, altas, nobles, estas epístolas - ensayos que su talento ha elaborado alrededor del simbolismo apasionante de Alonso Andrea de Ledesma: "La Prudencia Culpable", esa buena señora que entre nosotros se escribe y se cobra con guarismos redondos; esa prudencia equivalente a convencionalismos, silencio, prematura experiencia, precoz malhechuría, patrimonio de una casta oportunista y logrera. ¡Qué justo ensayo! Decíamos un amigo mío y suyo, a quien usted dirige varias epístolas de su hermoso libro "Temas Inconclusos", y quien hoy desde el Exterior continúa siendo un faro para la cultura de nuestro país, decíame, repito, una tarde alrededor de una taza de café íntima y cordial: "En Venezuela los políticos nacen viejos y para serlo joven, es preciso haber sufrido una gestación en el vientre materno nunca inferior a los treinta años". Nacer viejo, bajo el signo de la prudencia culpable, calculista, interesada. Era otra definición de la prudencia, la de nuestro amigo. Pero, en resumen, casi la misma. Específica prudencia venezolana.

Usted, Briceño-Iragorry, está cumpliendo con el deber de su generación. Su deuda está más que cancelada. Yo sólo deseo que su alerta honrado y valiente, palabras de denuncia y de protesta, las recojamos los

que detrás venimos, como una verde bandera de futuro, como un signo de sacudida contra el tiempo bárbaro y exterminador.

Venezuela — no hago más que repetir sus conceptos, que considero míos — necesita ya ponerse a marchar. Y toca indefectiblemnte a las nuevas genraciones complementar con esfuerzo y disciplina el duro sacrificio de los héroes. Sólo así habrá paz creadora sobre sus tumbas inmortales. Necesitamos retirar de bajo la almohada muelle los laureles legendarios. Sólo así contribuiremos al retorno de Bolívar vivo, de su espíritu indestructible, de su signo creador de progreso en cada corazón venezolano, dispuesto a cabalgar el olvidado rocín de la nueva conquista.

Permítame que, al terminar, le exprese una vez más el gozo por su llamado, oportuno, generoso, profundamente cristiano. Algo parecido sólo me sucedió en estos tiempos cuando leí "El Triunfo Final de la Democracia" de Thomas Mann y el formidable ensayo "Los Irresponsables" del gran poeta norteamericano Archibald Mc. Leish, también doctores en nubes como usted, don Mario Briceño. Hoy vuelvo a hallar la resonancia en una robusta y firme voz venezolana. En el tiempo y en el espacio, las buenas causas encuentran siempre algún eco oportuno o un verde oásis, fértil y fresco.

Lo abraza y le desea muchos éxitos para el nuevo año su amigo agradecido,

NEFTALÍ NOGUERA GÓMEZ.

LA DEUDA DE LAS GENERACIONES

Estamos acostumbrados, desgraciadamente, en Venezuela al libro que muy poco nos deja para la propia vida, útil y fecunda. Gran número de escritores venezolanos gustan de la obra llena de frases bellas y muy pobre en contenido. Es una desgracia nacional. Y una verdad evidente — sobre todo cuando se trata de algo que no sea novela o poesía. No hemos tenido un Enrique José Varona, un José Ingenieros, un José Carlos Mariátegui, un Aníbal Ponce. No hemos tenido eso que se llema un Maestro, es decir, un hombre cuyas palabras son sencillas y no simples ruídos de hojas movidas por la brisa de la imaginación. Se me dirá que existieron Bello, Acosta. Pero la vida ha rebasado la obra de éstos, en muchos aspectos que ellos no alcanzaron a prever. Y Bello y Acosta no hacen sino mostrarnos con su lejana y viviente figura el vacío en que hemos crecido las juventudes de Venezuela.

"El Caballo de Ledesma", de Mario Briceño-Iragorry, es un libro vivo y fecundo. Allí se hace uso de las frases para desentrañar problemas y contribuir a poner en claro cuestiones que están en el ambiente, que todos alguna vez hemos nombrado, pero a cuyo fondo

nadie ha querido llegar. En "La Deuda de las Generaciones", por ejemplo, capítulo de este libro, hay cosas sobre las cuales es justo meditar. Al leerlo, sentí deseos de escribir al autor, para reconocer cuanto de humanidad y franqueza hay en esas páginas. Después he pensado que las expresiones de Briceño-Iragorry pueden ser la base de una polémica. Yo creo en la polémica. La más reciente verdad de la ciencia es el concepto de que toda vida es lucha incesante. En el campo literario, considero que es una muestra de escasa vitalidad la ausencia de polémicas que — lejos de ser escaramuzas personales — presenten a varios hombres, no enfrentados el uno al otro, sino haciendo frente a un problema, todos con igual voluntad de encontrar soluciones, de llegar a conclusiones acertadas. Una polémica de ese tipo vengo a plantear.

LA CRISIS DE LA CRITICA EN VENEZUELA

"Nuestra generación tiene una deuda que saldar con el futuro—dice Briceño-Iragorry—. Detrás de nosotros vienen jóvenes que esperan nuestra voz curtida de experiencia. Sí, debemos decirles a los cuatro vientos y desde todas las cimas: "Sed mejores que nosotros, y si aspiráis sinceramente a servir a la Patria, no os conforméis con imitar nuestra insuficiencia!" Porque nuestra tragedia reside en haber llegado sin llegar. En ocupar sitios que reclamaban mayor aportación de cultura y de responsabilidad. Hemos aprovechado, unos más que otros y sin dolo de nuestra parte, las rutas hacederas en un país sin jerarquías y sin sentido responsable. Somos, debemos gritarlo para que lo aprovechen los jóvenes que nos siguen, figuras postizas que fácilmente

se deshacen a los fuertes rayos de la crítica. Es la tragedia de una, de dos, de tres generaciones sin gravedad. Es la farsa de un pueblo a quien se enseñó a calcular como de curso las monedas de chocolate".

Sin duda, muy pocas veces hablan así, ante las nuevas generaciones, escritores ya maduros. Briceño-Iragorry pone el dedo en una llaga que muchos se empeñan en ocultar, pero cuya dolorosa presencia sentimos a diario. Somos el país de la improvisación, de la "suerte", de la "viveza", de "las reputaciones consagradas y las nulidades engreídas"— como afirmó Romerogarcía.—"Nuestra tragedia reside en haber llegado sin llegar", dice Mario y con ello demuestra desde luego que se encuentra entre quienes tienen más clara conciencia en su generación. El problema se simplificaría mucho si quienes en verdad valen mucho menos de cuanto se cree, también llegasen a expresiones como esas. Llegar a una posición determinada, en la vida política, social, intelectual del país, sin llegar realmente a lo que esa posición significa y entraña: he allí una tragedia nacional. Tal cosa se ha hecho posible por la crisis de la crítica. No sólo en literatura sino en muchos aspectos, somos "un país sin jerarquías", empleando el término, no en el sentido de las castas ni de los privilegios—que desde luego nos repugna—sino en el de colocar a cada cual en el sitio que se merece de acuerdo con sus obras, con su aporte al progreso colectivo. Esta clase de "jerarquías" — llamémosla así por darle algún nombre — es necesario que se establezca. Digamos "poetas" a quien de veras lo sea; a quien escriba versos por afán exhibicionista no le digamos nunca "poeta", ni a quien no alcance a pasar de

los versos a la Poesía. Digamos "sabio" a quien de veras sabe y no a quien nos diga que sabe. Terminemos de una vez con eso que un ingeniero — colega mío sólo en la profesión, que no en su cinismo — llamó "una sabia explotación de bluff". Para suerte nuestra, creo que algo se va haciendo en ese sentido. Pero debemos hacer mucho más.

CRITICA Y AUTOCRITICA

Debemos empezar por nosotros mismos. No tiene derecho a criticar quien no sepa criticarse. Mas no sólo carece de derecho, sino también de capacidad. "Converso con el hombre que siempre va conmigo", decía Antonio Machado, y Luis Enrique Mármol pudo hablar de "La locura del otro". Si nadie está más cerca de nosotros, ni durante más horas, que nosotros mismos, es lo cierto que podemos observarnos mejor que a cualquiera. Pero "quien se ama a sí mismo no tiene rivales", reflexionaba Benjamín Franklin y el crítico incapaz de criticarse cae en tal situación: piensa que no tiene rivales y lanza sus palabras como nuevas ediciones de "la palabra de Dios".

Al señalar la crisis de la crítica, Briceño-Iragorry nos muestra también lo que la autocrítica significa en el camino de ponerle fin. "Nuestro deber con el futuro, nuestra obligación con los hombres que han de sustituirnos en los planos representativos de mañana, es enseñarles nuestros defectos, es mostrarles nuestra pobreza, nuestra falla, nuestro propio dolor torturante. Así ellos podrán mejorarse y superarnos. Así aprenderán, por nuestra experiencia sin remedio, a llenar los

vacíos que nosotros no pudimos salvar". He dicho autocrítica, refiriéndome, no al hombre que nos dice estas cosas, sino a la generación en cuyo nombre habla. Mario hace la autocrítica de "una, de dos, de tres generaciones sin gravedad".

UN REPETIDO CRIMEN

"Nuestra generación debe salvar esa deuda que viene de atrás. Debe liquidar la herencia que recibimos sin beneficio de inventario. Acaso así gocemos mañana la satisfacción de sentirnos sin compromisos. Podríamos hasta conquistar una nueva alegría. Dejaríamos de ser hombres en constante trance de asechanza. Porque ese es y ha sido nuestro mejor ejercicio social: cuidarnos de los otros para no dejar al descubierto nuestra flaqueza, y, claro, embestirles de primero. Nuestra táctica social, por esta desviación de actitudes, no ha consistido en buscar, para hacerlas útiles, las virtudes de los otros: por lo contrario, hemos indagado los defectos de los demás a fin de ver la mejor manera de aprovecharlos en beneficio propio. Toda una técnica de política florentina, a que nos ha conducido nuestra pobreza de formación y nuestra carencia de sentido colectivo de responsabilidad".

La degeneración de la crítica se expresa en dos formas: en la adulación y en la maledicencia. Para ensalzar los falsos valores se recurre a la primera: ya sea para demostrar, como en tiempo de Gómez, que es justo y bueno un mal gobernante, o para demostrar, en cualquier tiempo, que es poeta un hombre que en verdad no tiene condición alguna para ello. La adula-

ción — ¡qué hermosa ventaja! — no requier que aquel a quien se adula tenga verdaderamente las cualidades que se le asignan. Por otro lado, está la maledicencia. Es la defensa de los mediocres, de los falsos valores, frente a quienes ellos juzgan, en el fondo de sí mismos, superiores. O ante todo aquel que pueda descubrir la falsedad de esos "valores". Una calculada técnica de política florentina, como afirma Briceño-Iragorry.

ICONOCLASTA, TRADICION Y CRITICA

Al hablar de "generaciones" no tengo en cuenta el concepto que generalmente se expresa aquí con esa palabra. "Nuevas genraciones", digo, aludiendo a la juventud, mas no sólo a ellas. Creo en la juventud histórica de los hombres. Es joven todo aquel que, a los quince o a los sesenta, sabe responder al momento histórico, a lo que Venezuela y el mundo exigen de él. No somos, tampoco, iconoclastas. No estamos poseídos de una furia destructiva. Por el contrario, bien nos cuadran aquellas palabras de Simón Barceló, en artículo publicado en "El Universal" de Caracas de 1933: "Cuando algunos sobrevivientes se me acercan para vocifera contra la intelectualidad actual, contra el olvido en que se nos tiene, contra el escaso respeto que inspiran nuestros méritos pretéritos y fuera de moda, no puedo menos que asombrarme ante tan flaca memoria y tanta injusticia y disciplina, tan diferente de la nuestra, que tan despiadadamente descalificó durante largos años los más altos valores literarios, políticos y aún artísticos del país... Cuando recuerdo la petulancia agresiva de mis compañeros de adolescencia, aprecio en su justo valor la cultura adquirida por nuestro

medio. La afición al ejercicio, la vida social intensa y el conocimiento de la actividad universal... han creado una juventud más reflexiva, más ansicsa de ilustrarse, menos inclinada a confiar en una suficiencia que sólo existía en la irresponsabilidad del agresor y en la indiferencia o pusilanimidad del agredido..." Creo que en verdad nuestro país ha avanzado en su desarrollo cultural, como en otros aspectos, y en consecuencia nuestra juventud es más reflexiva y ansiosa de ilustrarse. Ante la tradición, en cuanto ella tiene de positivo, guardemos una actitud de respeto y confiemos en aprovecharla. Pero tampoco debe esto interpretarse como un elogio desmedido de las nuevas genraciones. Creo que, por el contrario, es hora de que un hombre joven confiese que también nosotros, los que llevamos pocos años sobre el haz de la tierra, tenemos buena parte de culpa en la crisis de la crítica. Muchos son los jóvenes que ya olvidaron la autocrítica y se dieron a la adulación y la maledicencia, formas degeneradas de la crítica.

En fin, mucho puede decirse sobre estos temas. Invito a los escritores, científicos, técnicos, a todos nuestros compatriotas, a iniciar una acción creadora que ponga fin a la crisis de la crítica en Venezuela.

CARLOS AUGUSTO LEÓN.

LA DEUDA DE LAS GENERACIONES

Nuestra literatura no abunda en autores que se hayan propuesto discriminar el egoísmo y la impotencia de las generaciones venezolanas, ni en libros que sinceramente auspicien la necesidad de hacer un balance de las actitudes colectivas y de las pasiones individuales. Preferimos escurrir responsabilidades, sacar el cuerpo a la verdad y gustar de las rutas recatadas, de los senderos disimulados. Entre esos pocos libros de cabecera, propicios a la meditación serena, a la especulación espiritual ante los males graves que aquejan nuestra sociedad, cabe señalar "El Caballo de Ledesma", de Mario Briceño-Iragorry.

No voy a perseguir el pensamiento vivo, cálido, de ese libro; tampoco voy a ocuparme del autor, aunque bien merece la obra cumplida por Mario Briceño-Iragorry un estudio cabal. Solamente quiero destacar un capítulo de ese libro, el intitulado "La deuda de las generaciones", analizado en otro oportunidad y bajo distinto signo por Carlos Augusto León. En él expone Mario Briceño-Iragorry las causas que deforman nuestra conciencia ciudadana, que desmoralizan la actividad política y todo ese conjunto sombrío de pequeños detalles que contribuyen a darle a nuestra vida social esa mentida apariencia de responsabilidad.

Sin embargo, sostener en lo más alto, sin desmayar, la fe, vitalizar un anhelo, es labor de diaria creación, es crear el espíritu de un pueblo, como decía Nietzsche. ¿Hemos cumplido nosotros esa obligación? El autor de esa salida de Ledesma parece desconfiar de una contestación afirmativa, porque plantea como un objetivo de esta generación la lucha contra "la mentira con que hemos apeldañado nuestro ascenso cultural de pueblo. La mentira de una, de dos, de tres generaciones de formación precaria, que tomaron la rectoría de nuestra conciencia social" para defraudar las más caras esperanzas que en ellas pusieron quienes confiaron a su fe no probada.

Al finalizar la obra de quienes fueron antes que nosotros debemos detenernos ante el progresivo desarrollo del ideal que pregonaron; es decir, detenernos a considerar cuántos esfuerzos realizaron para concretar su aspiración, para realizar en contenido material el pensamiento de la época, pensamiento que brota de entre las manifestaciones todas que la animan para adquirir vigor en la oposición hegeliana, surgiendo de ese combatir de opuestos la verdad. Muy claramente presenta Mariano Picón Salas esa misión de las generaciones, cuya labor anónima se reduce a resolver "el destino del hombre y el fin de la vida", buscando una norma conceptual, una armazón filosófica que elimine los factores de nuestra tremenda crisis espiritual, una mística que arrolle las trincheras feudales y forme para el pueblo un estilo de vida realmente digno. Conquistar ese destino, buscar ese estilo, es, pues, nuestra misión. Para el hombre que tiene espíritu filosófico siempre hay algo que enmendar, algo que puede ser mejor,

afirma Picón Salas. Ofrendar a la realización íntegra de ese papel que la historia nos ha asignado, lo mejor y lo más puro de un esfuerzo, es la misión sustancial de quienes se sienten responsables.

Toda generación está animada de un anhelo de justicia; pero no todas pueden cumplir ese anhelo, porque unas se olvidan de la tradición, deslumbradas ante el ejemplo que ofrecen lejanas latitudes de conciencia histórica, desdeñan sembrarse sobre las que poseen. Por eso la deuda de unas generaciones con respecto a las siguientes consiste en la falta de continuidad histórica, en la ausencia de ejemplos qué ofrecer.

Cuando una generación abandona en cualquier alquiler ese espíritu, cuando se despoja de su conciencia, pierde energía la sociedad, se disgregan sus elementos creadores y tiene nuevamente que comenzar a buscarse a sí misma. La historia no es otra cosa que la sucesión de generaciones animadas de un tesonero espíritu de lograr cada una de ellas cuanto no pudieron lograr las anteriores.

En eterno y nunca desmayado trabajar, lentamente vamos construyendo el andamiaje espiritual y económico de la Nación y si aquí sacrifica ésta su esfuerzo, más allá la otra cosecha el fruto; si en una decayó el ánimo, en la otra más fuerte y más alta se alzó la voluntad de sobreponerse.

A veces los hombres de una misma generación se separan y sirven opuestos intereses, corriendo peligro el ideal de progreso. Tal ocurre cuando el régimen de vida no se compagina con la situación pública. Se

recurre entonces, para anular la oposición, al fraude, al engaño, a la demagogia, como sistema político. ¿Con armas tales podría asegurarse una victoria?

Cuando en medio de un ambiente de libertad impera o quieren hacer imperar el silencio como regla de conducta, los fariseos se dan a calcular cuánto pueden derivar del inhibirse, estiman la lealtad como traición y juzgan como calumnia la verdad. Como vemos, no se compagina tampoco la verdad con el acomodamiento fácil.

Sostener con dignidad una tradición justiciera, ceñirse a lo estipulado en la filosofía del movimiento al cual nos hemos adscrito, dedicar las energías a la realización íntegra de sus postulados, es un deber, una obligación que libremente nos imponemos. La tradición, como un pozo profundo, guarda en sus honduras el misterio del porvenir de los pueblos. La tarea histórica de una generación responsable es procurar empatar este momento con el pasado para poder plantear los problemas del futuro. Estudiar con alegría las posibilidades que ofrezcan las obras de las generaciones que nos precedieron, analizando sus errores para evitarlos y continuando por el camino de sus aciertos, es un deber. Toda generación trae en el porciacaso de sus ilusiones, sedimentadas con la meditación, el deseo de ser un factor decisivo en la vida colectiva, inclinando el pueblo hacia su verdad, procurando conducirlo hacia un mundo de justicia donde la energía latente se convierta en acción responsable y la acción corone el ideal soñado.

Cuantos se sienten incapacitados de pregonar esa verdad son indignos de la hombría que quieran alegar. La primera responsabilidad es la contraída silenciosamente con nosotros mismos, cuando nos propusimos en un instante de sinceridad interior, hacernos dignos de una vida mejor; cuando acordamos en lo más escondido de nuestro espíritu que nuestra acción se desarrollara en favor de la colectividad que sufría y padecía, que sufrirá y padecerá mientras no logre de quienes gobiernan el respeto que se merece y la preocupación a que es acreedora.

Arrumbar nuestra verdad en lo más oscuro de un silencio casi cómplice es abdicar en uno de los principales derechos: el de expresar con claridad y sin limitaciones nuestro pensamiento. El silencio, precioso tesoro místico, es criminal en el ejercicio ciudadano, porque deja pasar sin protestar el exceso y disimula atropellos. Es hasta una renunciación al deber. Silencioso discurrir de vida es olvidar la hombría. Amarga la verdad, como decía Quevedo, y áspera para quien la escucha, se torna necesario pregonarla. Quienes fuímos educados en el culto a la verdad, hemos de contener muchas veces nuestra ascosidad ante todo cuanto se ha dado en llamar entre nosotros honradez, virtud, decencia, justicia, voces desprovistas de alma, palabras sin sentido. Pero hemos llegado a una hora en que estas caricaturas de virtudes van siendo reducidas a sus verdaderas proporciones. Cuando terminemos la tarea, una nueva vida comenzará para todos.

JULIO FEBRES CORDERO.

ALONSO ANDREA DE LEDESMA

a Mario Briceño-Iragorry, para agradecer el envío de su magnífico libro.

América ha encontrado su Quijote
en la consagración del Ideal,
Ledesma, con su adarga y su lanzote
irá en los siglos vencedor del mal.

Desinterés, verdades y justicia...
En su potro montando Libertad,
va el Caballero de la Azul Milicia
con el dolor de triste Humanidad.

Su indiana lanza fué Libertadora.
Hoy se levanta firme hacia la Aurora,
como estandarte de esperado Bien.

¿Una estrella en el claro firmamento?
Nuevos Magos anuncian el portento
de que Caracas se volvió Belén.

RAMÓN GONZÁLEZ PAREDES.

CONTENIDO:

CONTENIDO:

	PÁG.
Prólogo de la tercera edición	7
Prologuillo tonto para la segunda edición	9
Pórtico, *José Nucete-Sardi*	15
El Jinete Solitario	24
La Prudencia culpable	31
La deuda de las generaciones	41
La vida de los Héroes	51
La crisis de la caridad	61
El Retorno de Bolívar	71
Acerca de la jerarquía	79
Las virtudes del olvido	87
Urbanidad y Política	95
La Agonía del Héroe	103
No temer la libertad	111
Hacia la discordia interior	127
Acerca del voto de la mujer	133
En defensa de Ledesma	139
Pequeño tratado de la Presunción	145
Pensamientos afines	163

SE COMPUSO Y SE IMPRIMIO
ESTA OBRA EN LOS TALLERES DE LA
"TIPOGRAFIA AMERICANA", CARACAS-
VENEZUELA, FUNDADA POR AQUEL VARON
BENEMERITO QUE FUE DON PEDRO
VALERY RISQUEZ. Y SE TERMINO
EL DIA 7 DE JUNIO DE 1948

Entre nosotros pocos han comprendido al mito como factor activo; poquísimos han tenido la singular destreza de tocar esas cuerdas sensibilísimas para fines elevados. Entre esos privilegiados debemos contar al autor de "El Caballo de Ledesma".

José Ratto Ciarlo.

"El Caballo de Ledesma" lleva sobre sus hombros al espíritu.

R. D. E. "La Religión".
Caracas.

Mario Briceño-Iragorry, uno de los más serios y profundos ensayista con que cuenta Venezuela, historiador, crítico, autor de varios libros de gran valor para nuestro desarrollo literario y cultural, invoca en este pequeño pero intenso volumen, el símbolo de Alonso Andrea de Ledesma y lo aplica, mediante claros y robustos conceptos, a nuestra vida actual.

Vicente Gervasi.

EDICIONES

BITACORA